

## EL CAPITAL MONOPOLISTA: EJE DE LAS RELACIONES ECONOMICAS ENTRE MEXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS\*

Fernando CARMONA\*\*

“Seguramente habrá llegado noticia a usted que en este país y principalmente en el Estado de Pensylvania se han descubierto veneros de aceite mineral o petróleo, que están produciendo riquezas fabulosas [...]

“Esta nueva fuente de inmensa riqueza descubierta en este país, ha hecho pensar a los especuladores de mayor espíritu de empresa que en México debe haber veneros más ricos que los de Pensylvania, cuya teoría parece sostenida por la configuración geológica de la República [Mexicana]”.

*Matías Romero (1865)\*\*\**

“[...] Muchas ilusiones hemos tenido que ir abandonando ante los golpes de la realidad [...] (1941)\*\*\*\*

\* Trabajo presentado en la tercera sesión del seminario, el 11 de noviembre de 1983: “Las relaciones económicas México-Estados Unidos”.

\*\* Investigador titular del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

\*\*\* “Surge el petróleo como un nuevo recurso natural de México”, Informe de Matías Romero, embajador en Estados Unidos del gobierno de Benito Juárez, fechado en Washington el 5 de abril de 1865. Publicado en *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*. Selección y notas de Jorge L. Tamayo, Secretaría de Patrimonio Nacional, tomo 9, México, 1966, p. 757.

\*\*\*\* *Pasos de cangrejo en la cuestión petrolera*. Folleto de la Liga de Acción Política, México, abril de 1941. Publicado en Narciso Bassols,

“Los partidarios de la inversión extranjera libre e ilimitada [...] oscurecen y tratan de escamotear en forma ilícita un hecho muy importante [...] que no es otro que ‘el precio’ que los pueblos débiles como México tienen forzosamente que pagar, no sólo en réditos de los capitales que invierten en condiciones de desigualdad y ventaja los monopolios de los países dominantes, sino sobre todo en pérdida de la libertad, en menoscabo de la autonomía nacional con todas las consecuencias que esto implica, y en subordinación colectiva al nuevo conquistador” (1955).\*

*Narciso Bassols*

Medio siglo antes de que el capitalismo llegase a ser el modo de producción dominante en México en las últimas décadas del siglo XIX (desde luego *capitalismo del subdesarrollo*, estructuralmente dependiente, condición histórica desde el comienzo de esta etapa y jamás trascendida por la formación social mexicana),<sup>1</sup> y aun décadas atrás de que la Guerra de Secesión allanara el camino a los monopolios de los Estados Unidos, y de que el imperialismo llegara a consolidarse como sistema mundial a principios del siglo XX, el expansionismo de la pujante república esclavista nortea se proyectaba ya como una densa sombra, como una referencia insoslayable y como un hecho permanente del devenir todo de nuestro país.

La pérdida primero de Texas, y, más tarde, de algo más de la mitad del territorio mexicano a manos del capitalismo «preimperialista» norteamericano,<sup>2</sup> son algo más que la confirmación de la certera sentencia que Simón Bolívar dejara escrita en 1822: “a la cabeza de este gran Continente” se encuentra “una poderosísima nación muy rica, muy belicosa y capaz de todo”.

Aquéllos son imborrables hechos históricos que en este bicentenario del nacimiento de Bolívar tenemos que reapreciar en la óptica «contemporánea» que nos piden los organizadores de este Semina-

*Obras*, Introducción de Jesús Silva Herzog; Preámbulos de Alonso Aguilar M. y Manuel Mesa, Fondo de Cultura Económica, México, 1964, p. 542.

\* “Las inversiones extranjeras”. Artículo publicado en *El Universal*, México, 5 de septiembre de 1955. *Ibid.*, pp. 884-885.

<sup>1</sup> Según las categorías planteadas por Alonso Aguilar M., entre otros trabajos en *Teoría y política del desarrollo latinoamericano* (1967) y *Dialéctica de la economía mexicana* (1968).

<sup>2</sup> Francisco Privaldo Padrón, “Bolívar: panamericanismo y latinoamericanismo”, ponencia presentada ante el Tribunal Antimperialista de Nuestra América, Managua, 17-19 de octubre de 1983 (Mimeo).

rio, ahora que la crisis general y cíclica del capitalismo internacional cuyo epifoco está, precisamente, en los EUA, golpea duramente a México, Latinoamérica y todo el «Tercer Mundo», y en que el todavía poderosísimo imperialismo norteamericano ha añadido a su larga cadena de agresiones la invasión hace unos días a la diminuta Granada, lleva a cabo una descarada «guerra encubierta» contra la Revolución Popular Sandinista de la pequeña Nicaragua (amenazada también de invasión directa por las fuerzas de los EUA, las cuales ya ocupan la vecina Honduras y surcan con una desproporcionada flota de guerra ambos litorales nicaragüenses), interviene sin embozo en El Salvador y presiona económica, política y militarmente sobre el conjunto de los países de inmediato «traspasado» de los EUA; México, Centroamérica y el Caribe.

En otras palabras, la historia mexicana es asimismo prueba de la validez, tanto o más en México que en el resto de Nuestra América, si bien no siempre en la forma cruenta y brutal de la invasión norteamericana de 1847-48, de aquella otra previsión bolivariana de 1829: “*Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miseria a nombre de la libertad*”.

Las palabras de Matías Romero, el prominente juarista-porfiriano del primer epígrafe de estas reflexiones, escritas en años de plena lucha contra la intervención francesa en México y de guerra civil en los EUA, eran ya un anuncio de que la potencia del norte se enfilaba rápidamente desde entonces hacia la etapa imperialista y de que esta circunstancia, no imaginada siquiera por los liberales mexicanos, habría de tener profundas implicaciones para la sociedad mexicana —“tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos”, como sí lo sentenciaran esos liberales—, que accedió al capitalismo del subdesarrollo ya en la era del capitalismo monopolista *internacionalizado e internacionalizador* de las economías de metrópolis y dependencias, y es el primer e inmediato territorio plagado de las miserias que Bolívar anticipase.

#### *Categorías pertinentes en el análisis de las relaciones internacionales*

Las consideraciones iniciales anteriores sólo pretenden llamar la atención a que el tema de esta sesión del seminario implica cuestiones aún más complicadas que las económicas, las cuales obligan al tratamiento propiamente histórico que en forma inevitablemente esquemática, sucinta e incompleta se intenta en la presente ponencia.

1. El Estudio de las *relaciones económicas internacionales* de México con los EUA como parte del marco de referencia para el análisis de la incidencia de tales relaciones sobre el específico desarrollo agropecuario de nuestro país, no puede perder de vista que en el desarrollo histórico del capitalismo hoy más que nunca, es decir, en el «periodo contemporáneo» que preocupa y ocupa a este seminario, lo «internacional» está *indisolublemente imbricado* con lo nacional, y lo «económico» con lo «superestructural» político, cultural, jurídico, ético, ideológico e incluso militar, que también se expresa en la intrincada y contradictoria red de relaciones entre los dos países.

2. Dicho periodo contemporáneo, digamos el que abarca los años de la segunda posguerra, es uno de gran y creciente complejidad. Piénsese tan sólo en que estos años corresponden a una fase muy avanzada de la época imperialista del capitalismo monopolista, que ha internacionalizado cada vez más el proceso de acumulación de capital y las relaciones sociales de producción y dio lugar a una transformación fundamental: el tránsito histórico a la etapa de capitalismo *monopolista de Estado* (CME), en la cual la creciente interpenetración de la sociedad política y la sociedad civil bajo el impulso de monopolios y Estado que se entrelazan cada vez entre sí, vuelve más estrecha —aunque no en forma mecánica y lineal, sino contradictoria, dialécticamente— la interrelación de la base y la superestructura social.

3. A su vez el desenvolvimiento del CME está vinculado con el de la *crisis general del capitalismo* y sus respectivas fases, a lo largo de las cuales, en la medida en que se ahonda la contradicción fundamental del sistema —producción (monopolista de Estado)/ apropiación privada (monopolista de Estado) del producto—, entre otras cosas por los efectos de la llamada revolución científico-técnica de la posguerra, se vuelve más patente que 1) la crisis general no es una mera crisis económica sino también superestructural; 2) tampoco es simplemente secular la crisis cíclica que en los setenta ha confirmado agudamente su presencia; 3) comprende, en forma naturalmente desigual, a todos los países capitalistas desarrollados y subdesarrollados; 4) cada vez más se expresa como la confrontación histórica mundial del capitalismo con el socialismo, etcétera.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Cf.: F. Carmona, "La crisis general y las estrategias internacionales de desarrollo" en *El Informe Brandt y el nuevo orden económico interna-*

4. La crisis general enmarca desde los años de la Primera Guerra Mundial el desenvolvimiento *cíclico* del capitalismo, el que en lo fundamental por la acción de aquélla se ha modificado profundamente en el «periodo contemporáneo»: los ciclos son ahora más frecuentes, las fases propiamente de crisis y recesión más prolongadas y las de auge más cortas e inestables. Además, han surgido en los últimos tres lustros crisis *internacionales* más «específicas» (monetaria, financiera, comercial, de energéticos, alimentaria y demás) que son manifestaciones de cambios cualitativos importantes en el desarrollo histórico del capitalismo imperialista. De hecho la crisis internacional del capitalismo que podemos llamar *actual*, o sea la que se inicia en la segunda mitad del decenio de los sesentas, es una crisis de los mecanismos de regulación monopolista-estatales, que durante las dos primeras décadas de la posguerra segunda facilitaron el prolongado auge del capitalismo internacional. En consecuencia, la crisis actual es, cada vez más, *la crisis general y cíclica del CME*,<sup>4</sup> etapa histórica dentro de la cual se desenvuelve el capitalismo norteamericano desde los años treinta y en la cual el mexicano comenzó a transitar en los cincuenta y se consolidó en los sesentas.

5. Hay otra categoría de singular importancia para nuestro examen: la *dependencia estructural*, categoría intrínseca del capitalismo del subdesarrollo mexicano y del «Tercer Mundo» en conjunto desde su nacimiento, que define un fenómeno histórico el cual, como la crisis capitalista actual, va mucho más allá de lo meramente económico, pues comprende no sólo el desenvolvimiento subordinado a las metrópolis del imperialismo y en primer lugar los EUA, en los planos financiero, tecnológico y comercial, así como, más específicamente, del proceso de acumulación de capital y de las relaciones sociales

*cional*, varios autores, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1981, pp. 103-145, y "Reflexiones sobre la crisis general del capitalismo y el desarrollo mexicano", en *¿Crisis sin salida? La economía mundial y América Latina*, varios autores, Sergio Aranda y Dorothea Mezger, compiladores, ILDIS-CENDES, Caracas, 1982, pp. 297-340.

<sup>4</sup> El Seminario de Teoría del Desarrollo del IEC-UNAM ha hecho importantes aportes en los últimos cinco años al estudio de la crisis actual, tanto en planos teóricos generales como en sus expresiones en Latinoamérica y México. Son muy numerosos los trabajos discutidos en ese seminario, entre los cuales cabe señalar los libros de Alonso Aguilar M., *La crisis del capitalismo* (1979) y de Arturo Guillén, *Imperialismo y ley del valor* (1981), ambos publicados por la Editorial Nuestro Tiempo, México.

de producción como un todo, sino también la subordinación en los planos político ideológico, cultural, científico y aun militar.

Si en su pasado colonial y/o semicolonial nuestros países no dejaron de ser dependientes, en el capitalismo del subdesarrollo se experimentó un enorme cambio cualitativo: la subordinación pasó a ser no del capital extranjero «en general» como en el pasado, sino concreta y específicamente respecto al capital monopolista y desde hace décadas, del *capital monopolista de Estado trasnacional*. Su rango «estructural» implica asimismo que la dependencia de la nación tiene su asiento básico en la propia estructura de clases del país; en el poder de una burguesía y en la etapa del CME sobre todo de la fracción hegemónica de ésta, la oligarquía monopolista, que de suyo históricamente son —dijimos ya— una clase dominante-dominada que, sin embargo, determina la naturaleza y el carácter de clase del Estado nacional y de la acción del mismo.

En fin, en el marco del capitalismo del subdesarrollo la dependencia estructural se reproduce y ahonda con el propio crecimiento subordinado de las fuerzas productivas del país, y si bien nunca en forma mecánica y sincrónica —reiteramos—, de igual modo que la subordinación financiera refuerza a la tecnológica y comercial y éstas entre sí y a aquélla, la subordinación en las relaciones sociales de producción tiende a reforzar la de las diversas relaciones sociales superestructurales, lo cual a su vez es una condición que facilita la mayor dependencia económica.

No es ociosa la sumaria mención de las categorías y fenómenos anteriores, que precisa tener en mente cuando se trata de analizar las nada simples relaciones económicas de México con los EUA. La gran potencia vecina de nuestro país es el centro hegemónico del complejísimo sistema global del imperialismo contemporáneo, en la que el capital monopolista trasnacional, cuya creciente presencia en México cumple un papel primordial en nuestra economía industrial y agropecuaria, ha alcanzado su máximo desarrollo con el formidable apoyo del Estado imperialista.

El entrelazamiento del capital monopolista y el Estado adquiere en los EUA los rasgos de una inextricable fusión, en torno principalmente del que el entonces presidente Eisenhower bautizara, hace un cuarto de siglo —es decir, dentro del periodo que nos ocupa—, como el «complejo industrial-militar», verdadero plexo de la multifacética acción internacional y nacional imperialista en los planos economicotécnicos, jurídico-institucionales, ideológicoculturales, políticomilitares de la aguda confrontación capitalismo/socialismo, que

desde hace décadas repercuten sobre México, Latinoamérica y el «Tercer Mundo», y en verdad sobre el planeta entero: La crisis general y la crisis cíclica del capitalismo, las crisis «específicas» internacionales, la crisis de los mecanismos de regulación del CME y la profunda crisis actual en una palabra, que gira alrededor del imperialismo norteamericano, son hechos históricos condicionantes e incluso determinantes del desenvolvimiento de las relaciones económicas internacionales de México.

Sin embargo, las reflexiones e ilustraciones empíricas que constituyen las apresuradas páginas de esta ponencia, si bien llevan implícitas estas categorías y fenómenos, persiguen un propósito harto modesto: subrayar unos cuantos hechos de las relaciones económicas mexicano-norteamericanas del periodo contemporáneo que conviene examinar desde una perspectiva de conjunto, esto es, la que aporta la condición histórica de México como un país subdesarrollado, estructuralmente dependiente del sistema del imperialismo en general y desde el principio del capitalismo nacional y especialmente en la fase histórica del CME mexicano, cada vez más del muy concreto imperialismo de los EUA en particular.<sup>5</sup>

En fin, en el marco del capitalismo del subdesarrollo la dependencia estructural se reproduce y ahonda con el propio crecimiento subordinado de las fuerzas productivas del país y aunque nunca en forma mecánica y sincrónica, de igual modo que la subordinación financiera refuerza a la tecnológica y comercial y éstas a aquélla, la dependencia en las relaciones sociales de producción tiende a reforzar la de las diversas relaciones sociales superestructurales, lo cual a su vez es una condición que facilita la mayor dependencia económica.

En lo que sigue, sin embargo, se procurará prestar atención sólo a ciertos hechos económicos fundamentales, que si bien llevan im-

<sup>5</sup> Entre otros trabajos de quien esto escribe en que se analizan los rasgos que parecen más importantes del desarrollo estructuralmente dependiente del CME mexicano respecto al imperialismo norteamericano, vale señalar: «La situación económica», en *El milagro mexicano*, varios autores, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1979 (1a. ed.), pp. 13-102, y el apéndice «El fin del viejo 'milagro'», incluido a partir de la 3a. ed. (1972), pp. 364-82 de este propio libro: «El capitalismo monopolista de Estado y la política de inversión extranjera», en *Política mexicana sobre inversión extranjera*, Seminario de Teoría del Desarrollo, IEC-UNAM, México, 1976 (1a. ed.), pp. 100-182; «El desarrollo económico de México 1929-79», en *La Universidad Nacional y los problemas nacionales*, UNAM, México, 1979, tomo I: *La economía*, pp. 15-69.

plicitos aspectos políticos y otros de naturaleza superestructural, ponen el acento en el proceso de desarrollo principalmente, de las relaciones sociales de producción enmarcadas históricamente y desde la perspectiva del lugar de nuestro país en la división internacional del sistema capitalista y en particular desde el ángulo de las interrelaciones económicas de México y el imperialismo estadounidense. Quedan en el tintero (más bien de la máquina de escribir eléctrica, por supuesto de la transnacional norteamericana IBM) demasiadas cuestiones que espero abordar en el futuro.

*México: un eslabón fuerte de la cadena imperialista*

Iniciemos nuestro análisis con la rápida ubicación de México dentro del sistema del imperialismo del que forma parte:

6. Tanto por su dimensión geográfica y demográfica como por el nivel del crecimiento alcanzado por las fuerzas productivas nacionales —el PIB global de México ocupa uno de los primeros lugares entre los países subdesarrollados—, amén de la circunstancia de que es el más inmediato vecino capitalista subdesarrollado del «Tercer Mundo», con una frontera común de más de 3 mil kilómetros y una notable integración con los EUA (desde la infraestructura de transportes y comunicaciones, la producción de minerales y combustibles, agropecuaria e industrial y los canales de financiamiento y comercialización, hasta las redes de información, propaganda y todo un complejo de instituciones estatales y de la sociedad civil), nuestro país, como Canadá, el vecino capitalista desarrollado también dependiente de la gran potencia capitalista que ocupa la «segunda» (¿o «primera»?) frontera, sobre todo en el periodo contemporáneo ha adquirido una importancia económica primordial para el imperialismo norteamericano.

La significación política de México es asimismo insoslayable. Baste considerar que a diferencia de Canadá, nuestro país colinda con la «tercera» frontera (el Caribe), así como con la «cuarta» frontera inventada recientemente por el gobierno de Reagan que se inicia en el Suchiate, para justificar su acción intervencionista y «defender» los «intereses vitales» y la «seguridad nacional» de los EUA en Centroamérica, frente a los pretendidos amagos del «Este» con los que se hace todo lo posible por confundir la acción revolucionaria de los pueblos de esta zona en pos de su emancipación nacional y la reso-

lución de ancestrales problemas engendrados por sus sociedades semicoloniales estructuralmente dependientes, como empezó a realizarse en Nicaragua desde hace cuatro años, problemas agudizados desde hace años por la crisis actual del capitalismo y vueltos intolerables por gobiernos «nacionales» proimperialistas y dictatoriales como los de Guatemala, El Salvador y Honduras.

México, pues, hoy por hoy está entre «tres fronteras» del imperialismo estadounidense.

7. Siempre en el marco del subdesarrollo capitalista, con las profundas deformaciones, los bajos niveles generales de productividad, la ausencia histórica de las ramas productoras de maquinaria básica y otros equipos de capital y otras notorias desigualdades y deficiencias, con una cada vez menor independencia financiera y técnica y con una decisiva presencia directa e indirecta del capital monopolista (de Estado) transnacional, como veremos, México es el cuarto país del «Tercer Mundo» por cuanto al producto *industrial* que genera, superado sólo, en 1980, por Brasil, Corea del Sur y la India, el primero y el tercero de los cuales son países con territorios y recursos naturales y humanos mucho mayores. En este año nuestro país respondía, según la ONU, por el 10.7% de la producción industrial del conjunto de países subdesarrollados.<sup>6</sup>

Desde luego, como en todos o la gran mayoría de las naciones subdesarrolladas con un cierto desarrollo industrial (las ya mencionadas que junto con Argentina concentraban en 1980 el 61.4% de PIB industrial del «Tercer Mundo», más Indonesia, Pakistán, Venezuela, Colombia, Irán, Filipinas, Chile, Hong Kong, Taiwán y Singapur, con los cuales esta participación se eleva a más del 90%), en las fases más o menos avanzada del CME que recorren, con la decisiva participación del Estado nacional y el capital transnacional en México se han alcanzado niveles de integración vertical y horizontal o de articulación intersectorial más altos —o menos bajos— que en el conjunto de ese «Tercer Mundo», de modo que en nuestro país por ejemplo la producción siderúrgica y algunas ramas de la industria metalmecánica, química pesada, petroquímica, cemento y otros bienes de capital de consumo intermedio y duraderos de con-

<sup>6</sup> Fidel Castro, *La crisis económica y social del mundo. Sus repercusiones en los países subdesarrollados, sus perspectivas sombrías y la necesidad de luchar si queremos sobrevivir, informe a la VII Cumbre de los Países No Alineados*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1983, p. 132.

sumo han crecido durante las últimas décadas a un ritmo mayor que las demás ramas. Destaca también el rápido incremento de la producción de las industrias maquiladoras de ensamblaje y algunas ramas de la industria ligera.

Lo anterior expresa un crecimiento apreciable del mercado interno y externo, cambios en la división internacional del trabajo en este periodo del llamado «redespliegue» industrial y el aumento, naturalmente, de los niveles de acumulación de capital en el sector secundario de nuestro país. La producción industrial mexicana es, medida por trabajador, 5 veces superior a la del promedio del «Tercer Mundo» (y siete veces inferior a la del «Primer»). Todo esto realza la importancia real y potencial de la economía mexicana para el sistema del imperialismo, aunque el atraso característico del subdesarrollo sigue reflejado en la circunstancia de que con algo más del 2% de la población del sistema imperialista (la de los países capitalistas desarrollados del «Primer Mundo», más los subdesarrollados del «Tercero»), México apenas se acerca al 1% del PIB industrial de éste.

8. Como se planteará seguramente en otras ponencias del seminario, aspecto que no se aborda en este trabajo, no obstante el panorama indudable de atraso con grandes desigualdades, el desarrollo *agropecuario* mexicano también alcanza niveles relativos más elevados que en la gran mayoría de países subdesarrollados, estructuralmente dependientes.

9. Es asimismo significativa la participación mexicana en el comercio internacional, por más que continúen presentes los viejos rasgos de la morfología del subdesarrollo (exportación fundamentalmente de materias primas, productos agropecuarios e industriales con bajos grados relativos de valor agregado; importación de bienes de capital e intermedios amén de la subordinación monetaria, financiera y técnica y en la comercialización en el extranjero y a menudo incluso dentro del país, al capital monopolista trasnacional).

Del lado de la *exportación* de mercancías de acuerdo con las estadísticas del Fondo Monetario Internacional,<sup>7</sup> en 1980 la de México, con un monto de 12 529 millones de DEGS («derechos especiales de giro», o sea la «moneda» inventada, contable, con un valor superior a la del dólar norteamericano), en el «Tercer Mundo» sólo

<sup>7</sup> FMI, *Balance of payments statistics*, vol. 32, *Yearbook 1981*, parte segunda, Washington, 9 de noviembre de 1981, cuatro C-1, pp. 48-49.

era superada por la de seis países de la OPEP (Arabia Saudita, Indonesia, Koweit, Libia, Nigeria y Venezuela), así como por la de Brasil, Sudáfrica, Corea del sur y Singapur entre los países no petroleros, e incluso era mayor o semejante a la de algunos pequeños países capitalistas industriales como Nueva Zelanda, Austria, Dinamarca, Finlandia, Irlanda o Noruega. Más aún, por virtud del auge petrolero entonces en pleno desarrollo, entre 1974 y 1980 las exportaciones mexicanas pasaron del 9.7 al 20.3% del total latinoamericano (excepto Venezuela), del 3.3 a 7% del de los países no petroleros del «Tercer Mundo», del 3.7 al 7.3% del de la OPEP y aun del 0.4 a casi el 1% del total del sistema imperialista.

Es todavía más perceptible el relieve de la economía internacional de México para los países imperialistas del lado de las *importaciones*, esto es, las compras mexicanas a éstos, que en el propio 1980 sólo fueron mayores en un único miembro de la OPEP —Arabia Saudita—, así como en Brasil, Singapur y Corea. Entre los señalados años 1974 y 1980 las importaciones mexicanas de mercancías pasaron del 15.1 al 21.7% del total latinoamericano (excepto Venezuela), del 4.8 al 6.4% del de los países subdesarrollados no petroleros y lo que es aún más revelador, si bien la proporción descendió entre el primer y el último año indicados (del 24.8 al 20.4%), en 1980 equivalía a la quinta parte de las adquisiciones en el exterior de los países de la OPEP, en lugar de apenas la catorceava parte de las exportaciones de éstos.

10. Las transacciones internacionales de México registradas en los *demás* componentes de la balanza de pagos *en cuenta corriente* alcanzan montos inferiores que las de la balanza comercial, pero aparte de su acelerado crecimiento principalmente del lado de las salidas de divisas en virtud de los cada vez más grandes pagos al capital monopolista trasnacional invertido directa e indirectamente en nuestro país, por su magnitud misma también revelan el relieve alcanzado por el capitalismo del subdesarrollo mexicano para el sistema imperialista. Los ingresos (por turismo, maquiladoras y otros conceptos) medidos en DEGS por el FMI, pasaron de 2 801 a 6 505 millones de 1974 a 1980 (incremento de 132%, muy superior por ejemplo al de 85% de Brasil), y representaron el 33% del total latinoamericano y el 56.4% del de la OPEP en el primer año y, respectivamente, 30.9 y 37.1% en el último. *Ningún* país del «Tercer Mundo» obtiene sumas mayores de divisas que México por estas transacciones, cuyo total en 1980 fue más de 2.5 veces más grande que el de Brasil, Argentina y Venezuela, que son las naciones latinoamericanas que

más se acercan a la nuestra y únicamente Arabia Saudita, el principal exportador de petróleo en el mundo cuyas ventas totales en el exterior rebasaron 6.2 veces a las mexicanas, acumuló ingresos por servicios casi iguales que los de nuestro país (6 515 millones).<sup>8</sup>

Como ya se dijo, los egresos de México por los otros rubros de la cuenta corriente (turismo mexicano en el extranjero, transportes y seguros, intereses por la deuda estatal y privada, dividendos de la inversión extranjera directa y otros) aumentaron aún más de prisa: de 2 972 a 10 672 millones de DEGS, o sea un 259% en los indicados años, pasando entre 1974 y 1980 del 21.8 al 26.8% del total latinoamericano, del 20.5 al 22% del de la OPEP y del 8.9 al 11.5% del de los países no petroleros del «Tercer Mundo». Únicamente Arabia Saudita pagó en 1980 cantidades mayores que México (25 429 millones) entre todos los países capitalistas subdesarrollados, e incluso Brasil, más endeudado con el exterior y con una inversión extranjera directa de los EUA más grande que la de nuestro país, sólo se acercaba en ese año a la cifra mexicana. Es de señalarse que la participación de México en los totales del sistema imperialista por estas transacciones es mucho más alta, que las que le corresponden en el PIB industrial y en el comercio exterior de mercancías. 1.5% en 1974 y 2.1% en 1980.

Vale la pena destacar que, de acuerdo con los datos del FMI, los ingresos brutos de México por concepto de turismo extranjero (4 011 millones de DEGS en 1980) son más grandes que los de todos los demás países del «Tercer Mundo» y en ese año equivalen al 56% del total computado para Nuestra América, al 22.2% del respectivo del conjunto no petrolero de países capitalistas subdesarrollados, al 7.3% del de los desarrollados y al 5.3% del de el sistema global del imperialismo; incluso son 2.3 veces mayores que el total de los países de la OPEP y más grandes que el de toda África y Asia (excepto Japón).

No es menos significativo que también los gastos de los turistas mexicanos en la célebre «industria sin chimeneas» de otros países —básicamente imperialistas: los EUA y Europa occidental— llegaron en 1980 al 51.1% del total latinoamericano, casi el 30% del correspondiente al «Tercer Mundo» no petrolero, 47.8% del de la OPEP y 4.1% del total del sistema imperialista, muy por arriba de lo gastado por los ciudadanos de cualquier otro país subdesarrollado, incluso los árabes sauditas y otros pletóricos de «petrodólares», que

<sup>8</sup> *Ibidem*, cuadros correspondientes.

desde 1973 más se «distinguen» por su extravagancia para dilapidar recursos.

#### *Un coto principal de los EUA*

La importancia de México como «eslabón» de la cadena del imperialismo que se refleja en los datos hasta aquí vistos, por supuesto no es igual para el capital monopolista de cada una de las metrópolis. Pasemos a examinar otros aspectos:

11. El *beneficiario principalísimo* de la expansión de las transacciones internacionales mexicanas es el *imperialismo norteamericano*. México es ya el tercer «socio comercial» de los EUA, con un *quantum* de comercio exterior que en 1981 sólo fue superado por Canadá y Japón. En este año, según la estadística oficial estadounidense,<sup>9</sup> las exportaciones de mercancías de los EUA a México —importaciones nuestras— alcanzaron la suma de 17 788.7 millones de dólares o el 7.6% del total, al de Brasil, Corea del sur y todos los demás del «Tercer Mundo», sino también al de los otros países desarrollados, incluidas las naciones capitalistas industriales tan grandes como Gran Bretaña, la RFA y Francia.

Un conocido dato expresivo de la intensidad de la recesión iniciada en nuestro país a mediados de 1981, entre otras cosas por la primera caída del precio internacional del petróleo,<sup>10</sup> y agudizada hasta extremos sin precedente en la historia de más de medio siglo del capitalismo mexicano a partir de la devaluación del peso del 17 de febrero de 1982, en este año las exportaciones estadounidenses a México descendieron a 11 816.9 millones de dólares (33.6% menos que en el año previo), o sea el 5.6% del total, si bien el comprador mexicano conservó su «rango» de tercero en la larga lista de socios comerciales del imperialismo norteamericano. De hecho, aun en el dramático «despertar» mexicano a las realidades de la crisis capitalista internacional y nacional en 1982, las compras de mercancías a los EUA de nuestro país fueron mayores que las de todo el continente africano en 15%, equivalentes al 66.6% del total de Sudamérica —y 81.4% más grandes que las de toda Centroamérica y el Caribe,

<sup>9</sup> Departamento de Comercio de los EUA, *Survey of Current Business*, Washington, agosto de 1983, cuadro S-17.

<sup>10</sup> Véase: F. Carmona, «La crisis capitalista está en el petróleo», *Estrategia*, Revista de Análisis Político, México, año VII, vol. 5, Nº 41, septiembre-octubre de 1981, pp. 20-27.

la convulsa zona del «interés vital» estadounidense—, 107.3% superiores a las de Australia y Oceanía, 26.9% del total de Asia (excepto Japón) y cerca de la quinta parte, 18.6%, del de Europa capitalista y socialista.

Para los EUA el peso de nuestro país en cuanto a sus importaciones —o sea las exportaciones nuestras a la potencia vecina—, era algo menor que sus ventas a México en 1981 y algo mayor en 1982, si bien incluyen petróleo y gas y otras materias primas de un alto valor estratégico.<sup>11</sup> Las cifras norteamericanas correspondientes son de . . . 13 765.1 millones de dólares en 1981 y 15 565.9 millones en 1982, o sea respectivamente el 5.3 y 6.3% de la importación total de los EUA y un aumento de 13.1%. En este último año, las compras estadounidenses de mercancías a México representan 7.8% más que a toda Sudamérica, el 87.5% de las efectuadas a la totalidad de los países de África, 32.8% de las de toda Asia (excepto Japón) y 29.1% al conjunto de naciones de la Europa occidental y oriental.

Conforme a las cifras norteamericanas, los EUA tuvieron un superávit en su comercio con México de 4 023.6 millones de dólares en 1981, y un déficit de 3 749 millones en 1982. Las estadísticas mexicanas difieren un tanto y por ejemplo en 1981 muestran un superávit de los EUA de 4 744 millones de dólares. Lo que, sin embargo, interesa señalar es que la regla en las relaciones comerciales de nuestro país con el vecino imperialista es el constante déficit mexicano, prácticamente desde los años de la Segunda Guerra. Tan sólo en 1976-81 nuestro país acumuló un déficit comercial de 11 504

<sup>11</sup> Entre cientos de referencias norteamericanas que dan cuenta de la importancia estratégica del petróleo mexicano para el imperialismo de los EUA, escogemos la siguiente, tomada de un informe senatorial preparado para la presidencia de este país a fines de 1980, *La geopolítica del petróleo: México y Venezuela son los más importantes entre los países con posibilidades de ofrecer a Estados Unidos y nuestros aliados significativas oportunidades de reducir la dependencia económica del petróleo del Medio Oriente. Nuestro país debería demostrar su voluntad para impulsar con México una asociación mutuamente benéfica que incluye el desarrollo energético mexicano. Asimismo debería alentar a México para crear una sobrecapacidad instalada de producción de petróleo, que pudiera utilizarse rápidamente, a fin de aumentar las exportaciones durante una emergencia energética internacional*. Tomado de la versión publicada por *Contextos*, Secretaría de Programación y Presupuesto, México, 19-25 de febrero de 1981, pp. 34-35. Si esto se planteaba cuando estaba por concluir el gobierno de Carter, no hay duda de que con el belicismo y creciente agresividad del de Reagan las consideraciones militares sobre el petróleo mexicano tienden a desplazarse al primer plano.

millones de dólares, con mínimo de 761 durante la caída cíclica de 1977 y de 712 millones en 1978 cuando empezó a cobrar vigor la exportación petrolera, y el máximo de 4 744 millones en 1981 antes señalado, todo esto a pesar y en gran medida gracias al auge petrolero.<sup>12</sup> Por lo demás, ni las aduanas norteamericanas ni —sobre todo— las mexicanas registran el *contrabando*, cuya magnitud en los años de auge y mayor sobrevalorización del peso debe haber alcanzado magnitudes enormes y básicamente en un sentido asimismo deficitario para México.

12. Concretamente el grueso y en ocasiones la totalidad de las exportaciones mexicanas de productos *agropecuarios y pesqueros* (alimentos como legumbres, frutas, carne y ganado en pie, café, camarón, langosta y —durante muchos años— o bien materias primas como algodón, ciertos productos forestales y otros), así como las importaciones no sólo de pesticidas, semillas y otros insumos o animales de cría, maquinaria y equipos utilizados en estas actividades, sino también y en forma creciente de granos, oleaginosas y otros productos agrícolas y pecuarios de consumo, son transacciones que se realizan con los EUA. En ambos casos la economía dominante norteamericana impone condiciones favorables a sus intereses a la mexicana dependiente. Nos limitamos a mencionar un hecho que será examinado específicamente en la próxima sesión del seminario.

13. También lo fundamental de las demás transacciones de la balanza de pagos mexicana en *cuenta corriente* a las que hicimos mención en el punto 10 anterior, giran en torno a las relaciones económicas con los EUA. Es desde luego el caso del turismo, el cual, por lo que se refiere al número de los que visitan nuestro país, en un 85% o más es de norteamericanos; la proporción de los mexicanos que van de paseo a los EUA —con mayor razón si se trata de viajes de negocios— es asimismo muy alta, acaso superior a la anterior, con un agravante: conforme a cálculos oficiales hace unos años, en 1977, mientras el gasto promedio de los turistas que venían a México era de 267 dólares por persona, el de los mexicanos en el extranjero superaba a éste 3.1 veces, con un promedio de 850 dólares por persona.<sup>13</sup> Considérese que en 1980 los turistas mexica-

<sup>12</sup> Datos tomados del artículo de Arturo Guillén, "Presencia del imperialismo norteamericano", *Estrategia*, año VIII, Vol. 3, No. 4-5, mayo-junio de 1982, p. 7.

<sup>13</sup> Arturo Bonilla, "Las relaciones económicas internacionales: comercio exterior e inversiones extranjeras", en *La Universidad Nacional y los problemas nacionales*, ob. cit., p. 369.



nos que fueron a todos los *Disney World*, Las Vegas, las tiendas y acaso a algunos museos y galerías de las ciudades norteamericanas, alcanzaron un número sólo superado por los canadienses, más de tres millones, y que en 1981, cúspide del auge petrolero, de la sobrevalorización del peso y del despilfarro de recursos productivos nacionales, dicho número pasó de los cuatro millones y rebasó al de Canadá.

Prácticamente la totalidad de las empresas maquiladoras establecidas principalmente en la frontera con los EUA, así como en algunos puertos marítimos y otras pocas ciudades del interior de México, a partir de mediados de los sesentas, con la excepción de unas cuantas del Japón y otras tal vez mexicanas —si es que no son de meros «prestannombres»—, pertenecen al capital estadounidense; desde luego las importaciones y exportaciones que las maquiladoras pueden realizar libremente son de y hacia la potencia imperialista vecina, para cuyo interés se han creado.

La producción de oro se destina básicamente a alimentar la reserva monetaria nacional que respalda el rápidamente menguado valor internacional del peso, el fidelísimo súbdito de su majestad el dólar norteamericano que impone sus reglas al sistema monetario imperialista (cabe señalar que medido respecto al oro, el valor del peso descendió unas 200 veces desde 1954, cuando se iniciaba el CME en México, y desde 1967 en los comienzos de la crisis actual, casi 100 veces, en gran parte por la devaluación del dólar);<sup>14</sup> la plata exportada va asimismo al mercado norteamericano. Las remesas a México de trabajadores en el extranjero son principalísimamente las de los «indocumentados» que marchan por cientos de miles a los EUA, cuyo número se ha incrementado con fuerza durante la crisis actual. La parte más importante de los pagos por conceptos de fletes, seguros, regalías por películas, series de televisión y comunicaciones internacionales, «asistencia técnica» y otros servicios, se hace a empresas transnacionales de los EUA, del mismo modo que los dividendos e intereses de éstas que egresan de nuestro país.

14. Los movimientos internacionales de capital son asimismo en fundamental medida con los EUA. Desde luego la *inversión extranjera directa* de este país en México 6 977 millones de dólares en 1981 según su valor en libros y conforme a las autoridades norte-

<sup>14</sup> F. Carmona, "La crisis general del capitalismo y la crisis económica actual de México", trabajo en revisión para un libro colectivo de investigadores del IIEC sobre la crisis mexicana.

americanas, sólo es menor que la de Brasil en todo el «Tercer Mundo» (8 247 millones de dólares), si se exceptúa la registrada en Bermudas, país convertido en un «paraíso» financiero del imperalismo, donde se registró una suma acumulada de 10 445 millones de dólares, casi en su totalidad en sociedades de seguros y financieras no bancarias.<sup>15</sup> En dicho año, la inversión directa de los EUA en México representó el 6.9% del total acumulado en Europa occidental, el 12.4% del de el «Tercer Mundo» en su conjunto, el 18% del de toda Nuestra América, el 38.3% del de América del Sur, el 62.9% del de Asia (excepto Japón), el 144.5% del de Centroamérica, incluso Panamá, y el 165% del de todo el continente africano incluyendo a Sudáfrica. Las inversiones directas norteamericanas más voluminosas están en el «Primer Mundo» capitalista industrializado, pero debe enfatizarse que los datos acumulados sólo son mayores que los de México en Canadá, el gran «campeón» de la penetración monopolista de los EUA con 45 129 millones de dólares en el propio 1981, Gran Bretaña —el «honorable» «subcampeón»— con 30 260 millones, Alemania Federal con 15 840, Suiza con 12 509, Francia con 9 132, Holanda con 8 813 y Australia con 8 757; en todos los demás es menor que en México, incluso en Japón, país con 6 755 millones al que la acumulación de capital norteamericano en nuestro país sobrepasa en 3.3%.

Así sea de pasada consignemos que el 74.1% de la inversión norteamericana en México en el año a que nos referimos, o sea 5 167 millones de dólares de acuerdo con la misma fuente, correspondía a la industria manufacturera, y en ésta principalmente a la química (1 144 millones), automotriz (846), metálica básica (584), equipo eléctrico y electrónico (497) y *alimenticia* (436). En algunas de estas ramas las empresas de los EUA han concentrado en nuestro país sus mayores inversiones de todo el «Tercer Mundo», que es el caso de la automotriz que en México es 43.6% mayor que su total respectivo en Brasil y cuenta por el 44.5% del acumulado en el conjunto de los países capitalistas subdesarrollados; la metálica básica (25.3% más que en Brasil y 31.5% del total de éstos); química (9.2% mayor que en la «potencia» sudamericana y 25.7% en el «Tercer Mundo»); eléctrica y electrónica (25.8% superior al total «brasileño» y 24.3% del concentrado en el «mundo» subdesarrollado). Incluso en la diversificada miscelánea de «otras industrias», si bien el total en México era 16.7% inferior al de Brasil, represen-

<sup>15</sup> *Survey of Current Business*, entrega citada, pp. 23 y siguientes.

taba el 26.8% en todo el «Tercer Mundo», y en la industria alimenticia, con un total en libros 13.1% menor que en aquel país sudamericano, alcanzaba el 18.5%. es decir, casi la quinta parte del total invertido en los países del «Tercer Mundo».

Desde otro ángulo, precisa recordar que las cifras del *Survey of Current Business* muestran una notable aceleración de las inversiones norteamericanas directas en nuestro país, precisamente en el «periodo contemporáneo» y más específicamente en los años de la crisis actual, o sea en años que corresponden a la etapa del CME bajo la cual vivimos en nuestro país: de un total de 389 millones de dólares en 1950 se llegó a 2 241 millones en 1970, pese a las «desinversiones» ocurridas en la industria eléctrica por la nacionalización de 1960, en la minería por la «mexicanización» de 1961 y en otras actividades por diversas razones; en este lapso las inversiones de los EUA en México crecieron 5.8 veces. Y entre 1970 y 1981, cuando llegaron a su máximo nivel, subieron al total señalado de 6 977 millones de dólares, o sea un incremento de 3.1 veces (17.9 veces respecto a 1950).<sup>16</sup> Sin embargo la crisis norteamericana y sobre todo mexicana se hizo sentir con gran intensidad en 1982, cuando las inversiones de ese país descendieron a 5 584 millones de dólares, esto es en 20% principalmente en las industrias química, eléctrica y electrónica, automotriz y en el grupo de «otras manufacturas».

Nuestro país no es sólo una presa del capital norteamericano, e incluso la participación de éste, que en 1960 había llegado al 83.2% de la inversión extranjera directa total en México, comenzó a descender a medida que el capital europeo —sobre todo de Alemania Federal y Suiza— y de Japón empezaron a acrecentar su incorporación a nuestra economía industrial, para mantenerse algo abajo del 70% a partir de 1977. De que nuestra nación es un campo fértil para la inversión imperialista da fe el dato adicional de que, conforme a los cómputos del FMI, entre 1974 y 1980 aquí se efectuó una inversión extranjera directa, de los EUA y de aquéllas y otras potencias industriales, del 25.6% del total latinoamericano, del 217.2% de la realizada en todos los países no petroleros de África y del

<sup>16</sup> José Luis Ceceña, *México en la órbita imperial*, Ediciones El Caballito, México, 1970, 1a. ed.; Antonio Chumacero y Bernardo Sepúlveda, *La inversión extranjera en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, 1a. ed.; Arturo Bonilla, *ob. cit.*; Arturo Guillén, «Presencia del imperialismo...», *ob. cit.*, y la entrega citada de la publicación del Departamento de Comercio de los EUA.

56% de la de los de Asia, e incluso 45% mayor que la consignada en los países de la OPEP.<sup>17</sup>

15. Sabemos que en los últimos tiempos y en particular desde 1973-74, cuando tanto por las circunstancias internas del desenvolvimiento del CME en las metrópolis como, sobre todo, por la afluencia masiva a éstas —el «reciclaje» se dice— de petrodólares, especialmente de algunos países árabes, agigantados por el rápido incremento del precio internacional del petróleo impulsado entonces por la OPEP y los monopolios trasnacionales del cártel petrolero —las «Siete Hermanas», en su mayoría de los EUA—, las *inversiones extranjeras indirectas* en el «Tercer Mundo», o sea las deudas externas de casi todos estos países, empezaron a crecer a gran velocidad. En verdad éste es un rasgo sobresaliente de la crisis general del CME internacional.<sup>18</sup>

También sabemos que la deuda exterior mexicana estatal y privada es una de las que más rápida e irracionalmente aumentó, aunque los déficit de la balanza comercial y otros rubros de la cuenta corriente que se trató de conjugar con aquélla en nuestro país no obedecieron, como en tantos otros, sobre todo subdesarrollados al súbito y cada vez mayor costo —hasta mediados de 1981— de sus importaciones de petróleo, puesto que favorecido por los nuevos precios internacionales de éste, sobre la base de hallazgos ya hechos y de una industria integralmente nacionalizada y con un apreciable desarrollo previo, México se convirtió en un gran exportador de «oro negro», sino a causas más profundas.<sup>19</sup> Para los fines de la presente ponencia no será necesario entrar en detallar, por lo demás

<sup>17</sup> *Balance of payments...*, *ob. cit.*

<sup>18</sup> De acuerdo con el FMI, *World economic outlook 1981*, Washington, 1981, p. 128, en 1974-80 de un total de excedentes petroleros de 388 mil millones de dólares, 328 mil millones fueron enviados a países capitalistas desarrollados y al «Euromercado» financiero, o sea casi el 85% de dicho total. Cf. Fidel Castro, *ob. cit.*, p. 159.

<sup>19</sup> Véase Alonso Aguilar M., F. Carmona y Jorge Carrión, *Problemas del capitalismo mexicano*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1977, 3a. ed. Cf., asimismo F. Carmona, «El 'salvavidas' del petróleo y la estrategia del régimen», *Estrategia*, Año IV, Vol. 4, N° 25, enero-febrero de 1979, pp. 2-28 y otras entregas especiales de esta publicación, particularmente las números 32, 47 y 48, así como la entrega especial de *Problemas del Desarrollo*, IIEC-UNAM, Vol. x, N° 38, mayo-julio de 1979, dedicada al tema *La devaluación y la crisis económica mexicana*, que recoge las intervenciones de Arturo Bonilla, Benjamín Retchkiman, Sarahí Angeles, Irma Manrique y el que esto escribe, en dos sesiones efectuadas en el IIEC en septiembre de 1976.

ampliamente conocidos y que, entre otros muchos, quien esto escribe ha examinado en otras oportunidades. Nos limitaremos a apuntar unas cuantas cuestiones.

La inversión extranjera indirecta ha seguido en México líneas generales de evolución que se corresponden con el desenvolvimiento de la crisis general y cíclica del CME metropolitano y mexicano, aunque en forma notoriamente amplificadas, y más concretamente con el de la inversión directa del capital monopolista de Estado trasnacional de las metrópolis del imperialismo, en la cual se apoya y a la vez complementa y le ensancha los viejos caminos y le abre nuevos.<sup>20</sup> La deuda externa estatal aumentó de 200 millones de dólares en 1952 según el secretario de Hacienda actual, a 1 127 millones en 1962 (5.6 veces); después, ya en pleno desarrollo del CME mexicano y en nombre del «desarrollo estabilizador» de los gobiernos de López Mateos y Díaz Ordaz del «desarrollo compartido» del de LEA y del «desarrollo planificado globalmente» del sexenio de JLP, hasta alcanzar 58 864 millones de dólares en 1982, equivalente al 35.7% del PIB contra el 3% en 1952, el 8% en 1962 y el 12% en 1960.<sup>21</sup>

¡El incremento es de 294.3 veces desde 1952, en la etapa del CME! Sólo en 1981 la deuda estatal aumentó unos 20 mil millones de dólares; más que la acumulada en toda la historia nacional hasta 1976, y en gran parte a corto plazo (todavía en 1980 el 4.4% del total era a menos de un año —«corto plazo»—, proporción que en 1981 subió a 20.3%).

Un rasgo característico de la economía contemporánea de México y por lo tanto de la crisis actual, es que la deuda externa privada, que todavía en los años sesenta era relativamente pequeña y en gran medida se confinaba en la relación entre las filiales de los monopolios extranjeros incrustadas en México con sus matrices, también empezó a crecer con rapidez. Por ejemplo, de un total calculado en 2 095 millones de dólares en 1971 subió hasta 20 200 millones de dólares —o más— en 1981, es decir, unas 10 veces, ahora en gran medida por el endeudamiento de la banca privada estatizada el 10. de

<sup>20</sup> F. Carmona, "El capitalismo monopolista de Estado y la política de inversión extranjera", *ob. cit.*, y "Avalancha de capital trasnacional norteamericano sobre Nuestra América", *Estrategia*, año VIII, Vol. 2, N° 44, marzo-abril de 1982, pp. 22-36.

<sup>21</sup> Entrevista de prensa del secretario de Hacienda y Crédito Público, Jesús Silva Herzog Flores, sobre la renegociación de la deuda externa. *El Mercado de Valores*, Nacional Financiera, México, año XLIII, N° 11, marzo 14 de 1983, pp. 253-258.

septiembre de 1982 y de casi todos los principales consorcios monopolistas privados mexicanos (*Alfa*, *VISA*, *Desc*, *TAMSA* y decenas más). En consecuencia, la deuda externa total del país subió de 7 640 millones de dólares en 1971 a unos 70 mil millones en 1981, y alrededor de 85 mil millones de dólares en la actualidad: 11.5 veces en sólo doce años.<sup>22</sup> La deuda externa mexicana total representa alrededor de la cuarta parte del latinoamericano y del 13% del de todo el «Tercer Mundo» e, internamente, asciende al 50.7% del PIB, proporción que sólo es más alta en unos cuantos países (Israel, Chile, Egipto), no obstante lo cual se alega que oficialmente que, gracias al petróleo, no desborda la capacidad de pago del país.

Más adelante examinaremos cómo se manifiesta en México el conocido hecho de que las inversiones monopolistas indirectas de las metrópolis en el «Tercer Mundo» al que se dirigen fundamentalmente, al contrario de las directas que en cambio van en primer lugar a los propios países desarrollados (es decir, en ambos casos a donde encuentran las oportunidades más rentables según las capacidades de los mercados, las condiciones técnicas y otras circunstancias nacionales), han llegado a convertirse durante los tres lustros de la crisis capitalista actual, en la forma imperialista principal de extracción de ganancias en muchos países subdesarrollados como el nuestro. Aquí ya sólo subrayaremos un hecho: el peso del endeudamiento externo mexicano con los EUA es también mayúsculo, por más de que particularmente en los dos últimos sexenios gubernamentales de máximo hipotecamiento del país, se hagan deliberados esfuerzos por «diversificar la dependencia».

Aparentemente en el caso de la deuda externa la subordinación mexicana respecto a la potencia del norte sería menor que en el de la inversión extranjera directa, revelada en el dato escueto de que, como vimos, siete décimas partes del total de ésta son al presente de procedencia norteamericana, aunque hace un cuarto de siglo llegaba a casi el 85%. Asimismo sería menor que la dependencia comercial que continúa siendo muy elevada durante la Segunda Guerra y la inmediata posguerra, por ejemplo todavía en 1950, el 86.4% de las exportaciones de mercancías de nuestro país se dirigieron a Norteamérica, donde a su vez se originó el 84.4% de las

<sup>22</sup> José Manuel Quijano, *México: Estado y banca privada*, Centro de Investigación y Docencia Económica, Colección Economía, 1981; Arturo Guillén, "Presencia del...", *ob. cit.*, y Miguel de la Madrid, primer informe de gobierno, Suplemento de *El Día*, México, 2 de septiembre de 1983.

importaciones, porcentaje que descendió luego (a 61.5% en 1960 y después a 68.6% en 1979), por las más diversificadas ventas del petróleo, hasta el mínimo en toda la posguerra de 55% en 1981; el porcentaje de la importación también decreció, del 84.4% en 1950 al 66.8% en 1981. Estas proporciones, empero, son más altas que las de la mayoría de las naciones latinoamericanas.<sup>23</sup>

Aunque las autoridades hacendarias del país afirman que la proporción de los créditos obtenidos en los EUA bajó el 47% en 1977 al 31% en 1982,<sup>24</sup> hay que considerar que: 1) en este año, según sus propios datos el 90.8% de la deuda está contratada en dólares (la parte en yenes, por ejemplo, es de 1.2%, pese a que los préstamos japoneses son el 14% del total); 2) el grueso de la deuda son préstamos atados de la banca trasnacional privada (según el Banco Interamericano de Desarrollo 72.9% del total mexicano en 1980, el más elevado de Nuestra América)<sup>25</sup> y los consorcios bancarios de Europa y Japón incluyen no pocas instituciones *norteamericanas*, o en los «sindicatos» prestamistas la voz y voto decisivos son los de los gigantes financieros de los EUA; 3) los organismos financieros oficiales como el Banco Mundial, el propio BID y otros (con el 13.5% de la deuda mexicana en 1980) son dominados por el socio mayor *estadounidense* y sus aliados imperialistas, sin cuyo consentimiento difícilmente se aprueba ningún crédito; 4) concretamente los créditos de «apoyo» del FMI, en sí mismos de escasa importancia cuantitativa, cumplen el papel de un aval frente a la banca monopolista trasnacional que no se otorga sin la autorización, en última y a veces en primera, instancia, de *Norteamérica*, previa aceptación por los países en dificultades, como bien sabemos, de programas de «estabilización» favorables al imperialismo; 5) buena parte del crédito exterior favorece las exportaciones y la inversión extranjera directa de los consorcios monopolistas trasnacionales pro-

<sup>23</sup> Sirva de ejemplo de la elevada dependencia mexicana respecto a la gran potencia imperialista, incluso en el contexto latinoamericano, el hecho venturoso para la Revolución Sandinista, de que aun en la dictadura de Somoza las proporciones del comercio de Nicaragua con los EUA eran mucho más bajas: 22.7% las exportaciones y 28.8% las importaciones, ambos datos en 1977, porcentajes que en 1982 se movieron respectivamente al 21.6 y el 19%. «Nicaragua: ¿de quién depende?», *Pensamiento Propio*, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, Managua, año 1, N° 6-7, julio-agosto de 1983, p. 28.

<sup>24</sup> Entrevista citada del secretario de Hacienda y Crédito Público.

<sup>25</sup> Cifras del *Informe Anual 1981* del BID, reproducidas en *El Mercado de Valores*, año XLII, N° 19, 10 de mayo de 1982, p. 491.

veedores de equipos y otros bienes así como diseños, tecnología, patentes, licencias y otros servicios entre los que los de *los* EUA son también dominantes y como vimos están ampliamente ramificados en Canadá, Europa y Japón.

Por todo lo anterior no es exagerado afirmar que la verdadera proporción que corresponde al imperialismo norteamericano en la deuda externa de México, bien puede ser de más del 50% o como suele mencionarse, incluso del 60%. No puede ser de otra manera dada la dominación monetaria y financiera de los EUA en todo el sistema imperialista, sin que se pueda menospreciar la dominación comercial y tecnológica que si bien se ha mermado un tanto en los últimos tiempos, para la economía mexicana continúa siendo avasalladora.

16. Otro aspecto de las relaciones financieras de nuestro país subordinadas al imperialismo norteamericano, que únicamente planteamos en forma inicial, es el de las *fugas de capital*. Como en el caso ya mencionado del contrabando, poco se sabe en concreto sobre la dimensión real de este fenómeno, a pesar de que en la mayoría de veces se trata de transacciones perfectamente legales en el sistema, sobre todo en las condiciones de libertad cambiaria que el capitalismo mexicano sostuvo impoluta durante más de un siglo, hasta agosto de 1982.

Suelen publicarse algunos datos aislados relativos a las inversiones en bienes raíces de ciudadanos mexicanos —de ninguna manera pobres— en los EUA, o bien sobre los depósitos bancarios de aquéllos en esta potencia. Se recordará que en su último informe de gobierno el 10. de septiembre de 1982, el entonces presidente José López Portillo afirmó que dichos depósitos en la banca norteamericana eran del orden de los 22 mil millones de dólares y que los pagos ya desembolsados en la adquisición de inmuebles en el país vecino eran de 8 mil millones, con compromisos globales mucho mayores. («¡Ya nos saquearon!» dijo JLP, y añadió pretencioso: «¡No nos volverán a saquear!») Algunas fuentes especializadas estadounidenses llegaron a divulgar a mediados de 1982 el dato de que, sólo en la banca de Texas, los depósitos de mexicanos sumaban más de 15 mil millones de dólares, suma que por cierto es casi dos veces superior al monto de los intereses de la deuda externa estatal y privada pagado en 1981. Desde luego, habría que considerar adicionalmente las fugas de capital mexicano que van hacia otros países, que ofrecen atractivas garantías y condiciones a los inversionistas extranjeros: Bermudas, Suiza, Bahamas, Canadá e incluso Panamá.

En esta cuestión están involucrados el parasitismo y descomposición cada vez mayores del capitalismo monopolista, tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados; las crecientes posibilidades en unos y otros de ganancias especulativas, en un contexto de inestabilidad monetaria y cambiaria —inflación y devaluaciones— que la crisis actual propulsa; la desconfianza de la burguesía no sólo hacia el peso, el gobierno y la «nación», sino incluso en el propio sistema burgués mexicano; la consabida naturaleza de la burguesía como clase («el capital no tiene patria»), y aun si se quiere el deseo o la necesidad de cientos de miles de pequeñoburgueses de asegurar ahorros y de decenas de miles de burgueses y cientos de oligarcas de proteger gastos en divisas, sobre todo en un país como México con una actividad industrial que «sustituyó» unas importaciones por otras y fuertemente endeudada, que es una devoradora insaciable de dólares e incapaz de engendrarlos en cantidad suficiente. Desde luego cumple una importante parte la corrupción dentro y fuera del Estado y el gobierno, que casi siempre desenlaza en salidas de capital remitido del «patrimonio personal» de funcionarios y políticos venales, empresarios privados voraces y líderes «obreros» atentos sólo y siempre a sus propios bolsillos.

No hay duda de que por encima de todo está presente la dependencia estructural de México cada vez más honda y ramificada, particularmente en sus expresiones monetaria, financiera y tecnológica pero sin omitir las de tipo cultural, ideológico y político, especialmente en una etapa tan convulsa e incierta como la de la crisis actual del capitalismo, que en la región centroamericana y caribeña tiene hoy tan dramáticas expresiones en algunos países por la respuesta popular a la acción imperialista y de las burguesías locales que incrementa el desempleo, la explotación y la miseria. Como lo testimonian las variedades burguesas y pequeñoburguesas de los «gusanos» de Cuba desde 1959 y los «sapos» de que se habla en la Nicaragua Sandinista de hoy, que las respectivas revoluciones sociales antimperialistas hicieron huir a Miami, todos los potenciales nuevos gusanos y sapos en tantos países y de *tlaconetes* en México, sólo sienten seguros sus capitales en la Meca del «mundo libre»: en los EUA.

Es muy revelador que durante la crisis actual, mientras que las inversiones extranjeras directas totales de esta potencia en 1982 ascendían a 221.3 mil millones de dólares, las provenientes del resto del sistema capitalista desarrollado y subdesarrollado y efectuadas en *territorio norteamericano*, por su parte llegaban a 101.8 mil millones

(46%), pero en 1978-82 las primeras subieron 36% y las segundas 139.8%. Más acelerado aún es el incremento, por ejemplo, de los depósitos y otros fondos de capital en el país vecino reportados por la banca privada del mismo: de 77.7 a 229.6 mil millones de dólares, o sea 195.4% en igual lapso.<sup>26</sup> Ya dijimos que según López Portillo las inversiones desembolsadas en bienes raíces y depósitos bancarios de mexicanos en Norteamérica sumaban 30 mil millones de dólares, pero tenemos que preguntarnos: ¿Cuánto de los activos de extranjeros en aquella potencia será de la clase dominante-dominada mexicana? ¿Le corresponderá una proporción análoga a la que vimos que guardan el comercio exterior y otras transacciones internacionales de los EUA con México? La cuestión está planteada y sin duda es relevante, pero la respuesta a éstas y otras preguntas escapa a las capacidades de quien esto escribe.

*Breve interludio: la frontera «taiwanizada»  
de un país (petro)dolarizado*

Habría que considerar otros muchos aspectos de las relaciones económicas de México con los EUA, como las fugas «de cerebros», los trabajadores «indocumentados» y sus relaciones con los chicanos y en forma más amplia, la internacionalización de un considerable y creciente sector del proletariado mexicano por influjo de estas relaciones en uno y otro país, bien como trabajadores en activo o bien como parte del ejército industrial —y «servicial»— de reserva de ambas naciones, o bien las implicaciones de la revolución científico-técnica para el desarrollo de México tan vinculada con los problemas de la transferencia de tecnología por el capital monopolista de Estado trasnacional y otros de semejante envergadura. Nos constreñimos a un sucinto recuento de los que siguen:

17. México no es un país propiamente petrolero, al estilo de los árabes y otros países miembros de la OPEP, que tienen una base industrial y agropecuaria mínima y un comercio exterior menos diversificado, a pesar de todo, que el mexicano. Pero de una parte, el petróleo ha jugado a lo largo de la historia capitalista de nuestro país, desde el Porfiriato, un papel sobresaliente. Es interesante señalar que en el ya citado informe de abril de 1865 que Matías Romero envió a la Secretaría de Relaciones mexicana, se indica que “[...] algu-

<sup>26</sup> *Survey of Current Business*, entrega cit., cuadro sobre “International Investment Position of the United States at Yeartrend”.

nos especuladores han solicitado ya o están por solicitar privilegios del Supremo Gobierno para trabajar los veneros de aceite que haya en la República” y que uno de ellos —un Mr. Web W. Clark, «comerciante de Nueva York en petróleo»—, lo visitó en la Embajada para expresarle su “disposición de trabajar las minas de ese género que haya en los Estados de *Campeche, Tabasco y Veracruz*”; es sumamente revelador que don Matías añadiera en su reporte: “Después de manifestarle *nuestra buena disposición para animar a los capitalistas extranjeros y principalmente a los de los Estados Unidos a que inviertan sus fondos en desarrollar los elementos de riqueza que hay en México*, le dije que me comunicara por escrito las ventajas que deseaba obtener y la compensación que por ellas estuviera dispuesto a dar [...]”<sup>27</sup>

Lo antes transcrito a nuestro juicio no tiene desperdicio y podría ser tema de toda una investigación especial. Desde luego destaca la sagacidad, verdaderamente histórica, de los primeros agentes «preimperialistas» del desde entonces futuro imperialismo norteamericano. La «buena disposición de alentar a los capitalistas extranjeros» del gobierno de Juárez fructificó en el Porfiriato; Pearson, Doheney y otros «especuladores de mayor espíritu de empresa» —según la expresión del propio Romero— que abrieron el camino a la *Standard Oil* y la *Shell*, proliferaron lanzándose a explotar los recursos más a la mano, alentados no sólo por los porfiristas sino por la Primera Guerra Mundial y la demanda creciente de petróleo. Ciento diez y siete años después de que *mister Clark* se entrevistara con el distinguido embajador mexicano en Washington, la producción marítima de Campeche alcanza el 58.9% de un total nacional de 1 002.4 millones de barriles de petróleo, la de Tabasco-Chiapas el 31% y la de Veracruz 8.2%,<sup>28</sup> o sea que estos tres estados federales de la República Mexicana aportan el 90% de una extracción que es más de cinco veces superior a la obtenida por los monopolios extranjeros en su año récord de 1921, en lo fundamental justo en Veracruz, a la cola del auge del capitalismo norteamericano de la Primera Guerra y los primeros años de la posguerra, y unas 25 veces mayor que la inmediatamente anterior a la expropiación de 1938 y la nacionalización de 1939, cuando el *saqueo* imperialista había ya dejado exhaustos los principales pozos de la Huasteca veracruzana y todavía se sufrían las consecuencias de la Gran Depresión que precedió a la Segunda Guerra.

<sup>27</sup> *Ob. cit.*, pp. 757-758. Énfasis nuestro.

<sup>28</sup> Petróleos Mexicanos, *Memoria de labores 1982*.

Estos simples hechos nos recuerdan, pues, que el petróleo forma parte de muchos de los hitos del capitalismo de nuestro país: las casi gratuitas concesiones porfirianas al capital extranjero y la conformación de la semicolonias mexicana; las maquinaciones de la embajada yanqui que desenlazaron en la caída del gobierno de Madero en 1913 y el comienzo de la fase más profunda de la Revolución de 1910-17; el nuevo texto del artículo 27 en la Constitución de 1917 y la primera ley reglamentaria del petróleo promulgada por el gobierno de Calles en 1925, así como los Tratados de Bucareli de 1923, con el de Obregón, y la confrontación y a la postre las temporizaciones del gobierno callista y los del «Maximato» con el gobierno de los EUA, que llevaron a éste a suavizar la ley petrolera en 1928; la expropiación de 1938 y el boicot imperialista a las exportaciones mexicanas que le siguió; las reformas al 27 constitucional de 1939 y la fundación de *Pemex*; las nuevas presiones norteamericanas durante la Segunda Guerra y los primeros años de la «guerra fría», que no dieron lugar a conflictos mayores por el abandono de las posiciones independentistas del cardenismo a partir de los gobiernos de Avila Camacho y Alemán: la reservación a la empresa estatal de la producción petroquímica básica del país a fines de 1958; el rol cada vez más importante de la industria nacionalizada en la transferencia de plusvalía al capital privado nacional y extranjero y en el desarrollo de los transportes, la electricidad, la industria de transformación en conjunto y en especial algunas ramas como la automotriz, fertilizantes y petroquímica secundaria; el auge petrolero de 1978-81 y las posibilidades de hacer frente al pago de la deuda y otros problemas de la aguda fase de la crisis que se vive desde febrero de 1982.

De la otra parte, en este proceso es innegable que en los últimos años avanzó de prisa la *petrolización* de la economía, en un sentido que contribuye poderosamente a acentuar la dependencia estructural de México. Bástenos con la mención de unos pocos datos: entre 1974 y 1982 la producción mexicana de petróleo crudo creció de 653 mil barriles diarios a más de 2.7 millones, y la exportación de 5.8 a 544.6 millones de barriles (de 16 mil a 1.5 millones diarios), con un valor de únicamente 21.1 millones de dólares en el primer año antes indicado y 15 623 millones en el último;<sup>29</sup> en el mismo periodo, la participación del petróleo en las exportaciones de mercancías pasó del 1.2% en 1973 y 16.1% todavía en 1975, en años en que había crecido más aprisa el consumo interno que las ventas exteriores, a

<sup>29</sup> Diversas *Memorias anuales de PEMEX*.

64.5% en 1980 y alrededor del 77% en 1982; y en tanto que en 1973-82 el peso de Pemex en el PIB subió del 4.2% al 8.1% y el de las inversiones en la IBF nacional del 5.9 al 14.5%, en la inversión total del Estado ascendió del 14.9 al 27%.<sup>30</sup> Los impuestos pagados por la empresa nacionalizada representaron el 24.7% del ingreso fiscal del gobierno federal en 1981 y casi el 30% en 1982, contra el 7% todavía en 1975.

Entre 1973, cuando se desató la crisis internacional de los energéticos por la ya indicada acción de la OPEP y las «Siete Hermanas», y 1981 cuando como resultado, primero, de la revolución anti-imperialista en Irán y de la guerra de este país con Irak, después, junto con la recuperación cíclica y las compras masivas de hidrocarburos para las reservas estratégicas de los grandes importadores imperialistas, la cotización internacional del petróleo había vuelto a experimentar un nuevo jalón, el precio nominal ponderado promedio de las exportaciones de Pemex subió de 3.83 dólares por barril a 33.20 dólares. La producción mexicana que en 1973 era de sólo el 1.5% respecto de la OPEP subió al 10.6% en 1981 y casi 15% en 1982, pero en tanto que en aquel año las exportaciones de nuestro país eran insignificantes, a partir de finales del gobierno de LEA y sobre todo con el de JLP, cuando las reservas probadas aumentaron de modo espectacular, la proporción de las ventas de Pemex respecto a las del conjunto de países agrupados en la OPEP ascendió a más del 8%.<sup>31</sup> Por todo esto puede entenderse sin dificultad que los efectos de la caída del precio internacional a mediados de 1981 y en los primeros meses de 1982, tuvo efectos extraordinarios, no obstante que la baja dejó aquella cotización todavía muy por encima de la de 1977 o 1978.

Conforme al propósito de esta ponencia, lo que precisa remarcar son varios hechos. El primero es que el destino principal de la exportación petrolera mexicana es el mercado de los EUA, al iniciarse el auge de 1979-81 se enviaba el 80% del total y más, y todavía en 1982 el 48.9%, aunque con una cantidad absoluta de barriles bastante superior a la de 1977-78; en este año las ventas a la Europa imperialista fueron del 26.1% y, significativamente, los envíos al bastión norteamericano que es Israel, 4.3% más. México pasó a convertirse en el más importante proveedor extranjero de

<sup>30</sup> Eliezer Tijerina Garza, *México y el panorama petrolero internacional*, Instituto Mexicano del Petróleo, México, marzo de 1983 (mimeo), cuadro sobre «indicadores macroeconómicos».

<sup>31</sup> *Ibidem*.

Norteamérica entre 1977 y 1982, lapso en el que las compras norteamericanas a Pemex crecieron del 2.6% al 18% de sus importaciones totales, algo arriba de Arabia Saudita que hasta 1981 fue, de largo, el país individual abastecedor número uno de esa potencia que es el principal importador de petróleo en el mundo.

El segundo hecho es que el —en apariencia— sorprendente desarrollo de la industria petrolera mexicana, anárquico en muchos aspectos, plagado de corrupción en contubernio con «especuladores de mayor espíritu de empresa» norteamericanos, europeos y mexicanos —como ha aflorado en mínima parte con la «renovación moral» de que habla el gobierno de De la Madrid— y para sellar la sempiterna condición de exportador de materias primas que ha tenido México, es un desarrollo que descansa fuertemente en el financiamiento externo, en principal medida norteamericano: Pemex es, con mucho, la empresa más endeudada del país (la deuda externa no pagada de este consorcio aumentó de 357.6 millones de dólares en 1970 a más de 20 mil millones en la actualidad). El tercero es que aumentó notoriamente la dependencia respecto del capital monopolista transnacional por cuanto a la intermediación comercial, el transporte y la tecnología básica, todo ello relacionado con la dependencia financiera y la vertiginosa expansión que se impuso a la industria nacionalizada en el sexenio anterior; y el último, como ya se dijo, el de que el interés *militar y geopolítico* del imperialismo reaganiano en el petróleo, con el que se vincula el incesante abasto mexicano, desde hace unos años, a la llamada reserva estratégica de los EUA, se ha incrementado con la creciente agresividad y prepotencia antimperialista «mesianica» del gobierno que preside *Herr Adolfo* Reagan, que desde su ascenso al poder en enero de 1981, ha politizado, ideologizado y militarizado, cada vez más, todas las relaciones internacionales.

De estos hechos se desprende la explicación de que el gobierno mexicano se mantenga sistemáticamente como un simple observador en el Movimiento de Países No Alineados y de que, en más de un aspecto, pese a sus declaraciones en contrario, sirva como un «esquirol» frente a la OPEP, a cuyo debilitamiento ha contribuido con actos como las ventas de hidrocarburos a Israel y a la reserva estratégica norteamericana.

22. Una cuestión que tiene que recogerse en cualquier recuento de las relaciones mexicano-norteamericanas, así sea en la forma esquemática y apresurada en que hemos visto los puntos anteriores, es la de nuestra propia «primera frontera», o sea la de México con los

EUA, que en realidad es también la primera frontera de Nuestra América —y hoy día de todos los pueblos, de la humanidad entera—, cuya supervivencia como naciones soberanas independientes y su vida misma está gravemente en peligro, más que en otros momentos, aun de los más dramáticos de su historia, por la acción desbordada del imperialismo norteamericano en su variante reaganiana, lanzado a una irracional e intensificada carrera armamentista que acerca las posibilidades de una guerra nuclear, una de cuyas primeras e involuntarias víctimas, incluso sin ninguna participación activa en un conflicto de esa naturaleza (las nubes radioactivas no requieren visa para cruzar fronteras) sería, necesariamente, el pueblo mexicano y sobre todo el de esa zona fronteriza tan lejos de Dios y tan cerca de... los centros que también serían blancos militares estadounidenses de California, Nuevo México, Texas y Florida.

El tráfico internacional en esa zona de México no tiene parangón en ningún otro país del «Tercer Mundo».<sup>32</sup> Conforme a la estadística oficial norteamericana, por ejemplo el número total de «cruces» o «cruces» de la extensa línea fronteriza común de los dos países aumentó de 48.7 millones de personas en 1950, a 98.5 millones en 1960 y 184.9 millones en 1980 (1.9 veces en 1960-80 y 3.8 veces desde 1950); la proporción de los mexicanos que atraviesan la frontera subió del 50.7% del total en 1950 al 63.4% en 1980, cuyo número se incrementó de 24.7 millones en aquel año a 117.2 millones en éste (4.7 veces).<sup>33</sup> Nuestros compatriotas cruzan la línea internacional por una extensa gama de causas (empleo, estudios, compras, atención médica, visitas a familiares y amigos, turismo «del otro lado», de los residentes «de acá de este lado, puro mexicano»). El cruce hacia México de norteamericanos es fundamentalmente por turismo.

La expresión monetaria de este movimiento es formidable. Los

<sup>32</sup> Ningún país capitalista europeo colinda con uno del «Tercer Mundo», sino con otros de menor desarrollo relativo como España, Grecia o Irlanda donde se originan algunos flujos similares hacia los de mayor desarrollo: Alemania Federal, Francia o Gran Bretaña. En el Cercano Oriente y Asia algunos países subdesarrollados tienen una frontera común con un país socialista desarrollado como es la Unión Soviética (Irán, Afganistán, India o incluso Turquía), pero en estos casos las transacciones fronterizas cambiaron radicalmente de carácter y distan de ser tan intensas.

<sup>33</sup> Departamento de Comercio de los EUA, Oficina de Censos, *Statistical Abstract of the United States. 1982-83. National data book and guide to sources*, Washington, 1983, 103a. ed., Cuadro N° 137, p. 93.

gastos de norteamericanos en la zona fronteriza calculados por el Banco de México, crecieron de 878.9 millones de dólares en 1970 a 1 637.4 millones en 1976 (86.3% de aumento) y 4 709 millones en 1981 (187.6% más respecto a 1976); pero los gastos de mexicanos en los EUA subieron 103.9% en 1970-76 (de 585 a 1 192.7 millones de dólares) y otros 286.9% en 1976-81 (a un total de 4 615.4 millones). Es decir, en esos once años el ritmo de crecimiento de las erogaciones mexicanas en la frontera superó a las estadounidenses en cerca de 50%. Los efectos de la presente recesión en nuestro país se advierten en una caída del gasto mexicano de 22.5% en 1982 (a 3 576.6 millones de dólares), mucho más pronunciada que la del gasto norteamericano de 11.9% (a 4 149.1 millones).<sup>34</sup> En estos hechos juegan un papel importante los cambios en la paridad cambiaria del peso y el poder real de compra respectivo en una y otra parte de la línea divisoria internacional, que durante gran parte de los años vistos favorecieron las compras mexicanas en los EUA y en 1982 el movimiento inverso.

23. Detrás de esos datos hay otros que le dan fundamento, relativos al desarrollo económico y social en esa franja del país, que no examinaremos ahora, entre los que sin embargo, cabe señalar, el de que los promedios regionales de ingreso, consumo, escolaridad y otros son de los más altos —o menos bajos— del país, pese a su acelerado crecimiento demográfico, constantemente alimentado con la inmigración de legiones de trabajadores de otras zonas, aun de las más alejadas, en busca de trabajo ahí mismo o, legal o ilegalmente, en los EUA (muchos de éstos acaban por fijar su residencia en las ciudades fronterizas). El incremento poblacional de los municipios de la frontera norte es tan rápido que se estima que entre 1950 y 1980 fue de 404%, en comparación con el porcentaje nacional de 262% (el municipio de Tijuana aumentó 1 068%), y que entre 1940 y 1970 las seis principales ciudades (la propia Tijuana, Mexicali, Ciudad Juárez, Nuevo Laredo, Reynosa y Matamoros) crecieron a una tasa anual de 8.2% contra 3.1% la del país y 5.9% la de la población urbana total; el número de habitantes de esta área subió de 2.2 millones en 1970 a 3.1 millones en 1980, y se calcula que para el año 2000 podría alcanzar los 20 millones.<sup>35</sup>

<sup>34</sup> Banco Nacional de México, *Examen de la situación económica de México*, documento especial: «México en Cifras», México, Vol. LXIII, N° 680, julio de 1982; y Banco de México, *Informe anual 1982*.

<sup>35</sup> Datos tomados de *La zona fronteriza del norte*, Centro de Información y Estudios Nacionales, México, 1983 (CIEN-E20/E-97, julio de 1983).



Lo más característico de nuestra «primera frontera» es que ella es también la más evidente encarnación de la dependencia comercial, técnica, monetaria, financiera, cultural, ideológica, política y aun policiaca de nuestra nación —*estructural* insistimos— respecto a los EUA. Su carácter de zona y perímetro «libres» expediente que se adoptó hace medio siglo para alentar su poblamiento y desarrollo, hoy todavía se mantiene en lo fundamental e incluso se ha profundizado con el tráfico de visitantes de los EUA, el contrabando, el normal trasiego comercial y en los últimos tres lustros por la proliferación de plantas maquiladoras, las más importantes de las cuales son de capital norteamericano, que la conducen hacia una suerte de creciente *taiwanización*.

La actividad comercial es la preponderante, interrelacionada con la atención a visitantes norteamericanos especialmente en Tijuana y Juárez, donde son importantes los servicios turísticos (desde los de hotel, *motel* y *trailer-park*, *strip-tease* y «chili-con-carne», hasta los de *marriages and divorces* y «*Mexican-señorritas*»); la agricultura tiene un peso apreciable en Mexicali y Matamoros, el petróleo en Reynosa y la industria de transformación en Tijuana, Mexicali y Ciudad Juárez. En buena medida la agricultura es de exportación a los EUA, así como la pesca (bajacaliforniana); mucho de la industria explícitamente se orienta a aprovechar las ventajas de la cercanía al mercado de los EUA.

El capital monopolista norteamericano está presente en el comercio y los servicios (*Sears*, *Woolworth*, *Holiday Inn*, etcétera) y en la industria (Tabacalera Mexicana, *Liquid Carbonic*, *Anderson Clayton*, *Kenworth Mexicana*, *Purina* y otras). Por supuesto en estas actividades también está presente el capital monopolista nacional privado (Salinas y Rocha, Comercial Mexicana, Cervecería Cuauhtémoc, Cementos Guadalajara, etcétera) y estatal (AHMSA, *Pemex*, CFE). Es notable el número de propiedades raíces de norteamericanos en México, especialmente en Baja California norte y sur, para las cuales se creó la fórmula del fideicomiso hasta de 99 años de plazo, que permite saltar por encima de la prohibición del artículo 27 constitucional —establecida desde 1857— de la propiedad de extranjeros en una faja del territorio nacional de 100 kilómetros de las fronteras y 50 kilómetros de los litorales.

La zona fronteriza es la más *dolarizada* de México y la que desde hace largo tiempo, aun antes de que pulularan las maquiladoras, hace importaciones por habitante más grandes: en la actualidad, con el 2% de la población registra el 9% del total de las importaciones

del país. Se ha estimado que antes de la devaluación del peso en agosto de 1976 los trabajadores mexicanos (de los que unos 50 mil son *commuters* o trasmigrantes que viven en México y trabajan en EUA) gastaban entre el 40 y el 60% de su ingreso en los EUA proporción que declinó al 29% después.<sup>36</sup> Como vimos al referirnos a los gastos en ambos lados de la frontera esta situación volvió a repetirse, con mucho mayor intensidad, con las devaluaciones y la recesión de 1982-83, condición que también afecta, y severamente a la economía de las ciudades norteamericanas de la frontera cuyas ventas han caído estrepitosamente. Fue notable el casi instantáneo surgimiento de un mercado negro de dólares y la especulación con pesos del lado norteamericano al implantarse el control de cambios en México que aún no concluye del todo por la incierta estabilidad de nuestra moneda. Ninguna otra zona de México es más afectada por las devaluaciones, que intensifican aún más la inflación regional y reducen de cuajo el poder de compra de la gran mayoría de sus pobladores.

24. No son las examinadas en el párrafo anterior las únicas manifestaciones, ni mucho menos, de la incidencia de las relaciones económicas con los EUA sobre el *desarrollo desigual* del capitalismo mexicano. Nos limitaremos aquí a plantear el problema sin siquiera intentar abordarlo y únicamente indicaremos que desde un principio esas relaciones fueron decisivas y en más de un sentido, como lo vemos en la zona fronteriza del norte, lo son todavía, en el desarrollo *regional* de extensas zonas de nuestro país, siempre en el marco del tipo de crecimiento de las fuerzas productivas nacionales que es posible en las condiciones de dependencia estructural bajo el capitalismo del subdesarrollo.

Desde los últimos decenios del siglo XIX, las inversiones de capital extranjero —entre las cuales las de los EUA preponderaban ya, al iniciarse el XX, sobre las de Inglaterra y otras metrópolis europeas— que impulsaron el desarrollo de la minería, los ferrocarriles, la electricidad, el petróleo, la agricultura, tanto la exportadora de plantación propiedad de extranjeros como la orientada hacia el mercado norteamericano y europeo realizada por hacendados y rancheros mexicanos, en cuyas manos estaba la propiedad de la tierra, fueron determinantes en el desarrollo regional del país.<sup>37</sup> En las condiciones

<sup>36</sup> Jesús Tamayo y José Luis Fernández, *Zonas fronterizas*, CIDE, Colección Estudios Políticos 2, agosto de 1983, pp. 94, 15 y 103.

<sup>37</sup> Véase: Ángel Bassols Batalla, *Recursos naturales. Teoría, conocimiento y uso*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1967, 1a. ed. y siguientes edi-

contemporáneas del CME las cosas son ciertamente más complejas que las habidas en las primeras etapas del capitalismo, pero también sigue siendo cierto que las inversiones *directas e indirectas* de capital monopolista de Estado transnacional en México (las cuales sólo se llevan a cabo para los fines y en los términos que deciden o con los que están de acuerdo las empresas y las mismas potencias imperialistas) son decisivas en la conformación del monto, composición y ubicación espacial del proceso de acumulación de capital, de las actividades económicas productivas e improductivas y del mercado, y por ende, en el desarrollo regional, sectorial y social del país, ensanchando la anarquía de la producción y todas las desigualdades que el capitalismo inexorablemente engendra.

Anarquía y desigualdad son fenómenos más pronunciados, a menudo desgarradores, en el capitalismo del subdesarrollo, mucho más que en el desarrollado, con mayor razón aún en la etapa del CME. Bajo esta formación social en el «Tercer Mundo» hoy es dramáticamente cierto lo que Marx observara en el capitalismo inglés y europeo del siglo XIX; las penalidades del pueblo trabajador se magnifican *tanto* por el propio desarrollo capitalista como por la insuficiencia o debilidad de éste.<sup>38</sup> El desenvolvimiento histórico mexicano de las últimas décadas es una prueba, como el de otros muchos países subdesarrollados estructuralmente dependientes, de que la creciente participación directa del Estado en el proceso de acumulación, fuertemente apoyada en el financiamiento y la tecnología del capital transnacional, en nombre de una pretendida «cooperación internacional», convertido aquél en promotor, garante y protector de los monopolios nacionales y extranjeros, no conduce a una menor sino a una mayor anarquía y desigualdad, por más que la política económica nacional se conduzca en nombre, como en los últimos años, de supuestos planes «globales» y «nacionales» de desarrollo.<sup>39</sup>

ciones, así como *México: formación de regiones económicas*, UNAM, México, 1979.

<sup>38</sup> Quien esto escribe se ha aproximado al análisis de esta cuestión en «El drama de América Latina. El caso de México», *Cuadernos Americanos*, México, 1964; «El desarrollo económico de México 1929-79», *ob. cit.*, en «México: contradicciones y luchas de clases», *Estrategia*, año II, Vol. 2, N° 9, mayo-junio de 1976, pp. 47-62, y en otros trabajos.

<sup>39</sup> Véase: «El Plan Nacional de Desarrollo», *Estrategia*, año IX, Vol. 4, N° 52, julio-agosto de 1983, pp. 2-18. Varios trabajos de Alonso Aguilar M. analizan críticamente la «planificación» en el capitalismo monopolista y en nuestro país, desde sus viejos apuntes escritos hacia 1965, sobre *Teoría y técnicas de la planificación*, hasta su ensayo sobre «El Plan Nacional de Desarrollo Industrial», *Estrategia*, año V, Vol. 5, N° 29, septiembre-octubre

25. Vale la pena añadir una sumaria consideración sobre las plantas *maquiladoras*, dedicadas en lo fundamental a la fase final del proceso industrial —la de «apretar tuercas»—, que son un lógico fruto de «redespigue» orillado por la competencia internacional de los monopolios metropolitanos, especialmente en el caso de las ramas o los procesos más intensivos en el uso de mano de obra y en las que, por lo tanto, aquéllos buscan explotar la fuerza de trabajo barata en países subdesarrollados donde además pueden obtener otras ventajas en materia fiscal, infraestructura, disponibilidad y transporte de materias primas y bienes intermedios así como de bienes terminados desde y hasta las metrópolis, y otras condiciones propicias, que en las zonas, perímetros y puertos «libres» de México se cumplen a plenitud, particularmente en la frontera misma con los EUA.

Es característico que en 1978 México y Taiwán aportaron alrededor del 50% de la producción mundial así internacionalizada (porcentaje que asciende a más del 75% al añadirse Singapur, Hong Kong y Malasia). En México el número de maquiladoras creció de 12 en 1965 a 293 en 1971 y 620 en 1980, que en este año ocupaban casi 120 mil personas; en la propia fecha las establecidas en la frontera con EUA sumaban 522 (84% del total) con 101 mil asalariados.<sup>40</sup> No está cerrada la posibilidad de que algunos capitalistas nacionales lleguen a determinados arreglos con los monopolios internacionales, para aprovechar las facilidades que un Estado como el mexicano otorga para el establecimiento de estas empresas e invertir en plantas de su propiedad.

Sin embargo, no puede sorprender que conforme a una encuesta efectuada por el CME en 1979, aun en tratándose de las plantas más pequeñas, de menos de 50 trabajadores, el 37.1% son de propiedad extranjera en un cien por ciento; en las mayores de 100 y hasta 250 trabajadores, la proporción sube al 57.8% y en los dos estratos siguientes (251-500 y más de este último número de asalariados), respectivamente al 79.2 y el 73.3%; pero en el caso de las que tienen más de 500 trabajadores el porcentaje de aquéllas con una participación extranjera de más de 50% representan un 20% adicional, o sea 93.3% del total. En realidad las maquiladoras con un capital que es, o se supone, mayoritariamente mexicano, sólo tienen significación en las plantas con menos de 50 trabajadores, en las que por

de 1979, pp. 27-47 y otros. Compartimos esas apreciaciones. Véase también Arturo Guillén, *Planificación económica a la mexicana*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1971, 1a. ed., y siguientes ediciones.

<sup>40</sup> *La zona fronteriza del Norte*, *ob. cit.*, p. 9 y siguientes.

lo demás tampoco son las más numerosas y sólo llegan al 45.7% del total de dicho estrato.<sup>41</sup>

Otro dato ya implícito en lo anterior es el de que las empresas «multiplantas», casi seguramente todas monopolistas, concentran el mayor número de trabajadores. Sobre todo en algunas ramas como la electrónica o la de confección, de una industria maquiladora escasamente diversificada (de 14 ramas, sólo tres absorben el 60% de las plantas y la mayor parte del empleo), no faltan, naturalmente, las trasnacionales como *General Instruments, Texas Instruments, RCA, Motorola, Puritan* o *Levi-Strauss*. Huelga mencionar que «propiedad extranjera» de las empresas maquiladoras en nuestro país, quiere decir —lo dijimos antes— *norteamericana* en una abrumadora mayoría, que aquí han creado numerosas plantas «gemelas» en ambos lados de la frontera, en las que las de los EUA cubren los procesos más complicados.

El «redespliegue» industrial de los capitalistas estadounidenses repercute también en la ubicación en el nuestro de algunas industrias de las más contaminantes, y en todas las expresiones de una tendencia en la división internacional del trabajo bajo el imperio del capitalismo monopolista trasnacional contemporáneo a dejar los procesos más sucios y pesados —el *dirty job*—, con un cierto carácter infraestructural, a países como el nuestro,<sup>42</sup> donde además logran una exacción mayor de plusvalía y ganancias sobre la base de elevadas tasas de explotación de los trabajadores, sin aportar verdaderamente, siempre prontas como están para desarmar sus volátiles instalaciones y marcharse a donde aseguren los más favorables términos, ni tecnología ni otras pretendidas ventajas.

Las maquiladoras que operan en nuestro país explotan mujeres en una alta proporción, casi siempre carentes, como sus homólogos masculinos, de organización sindical y de seguridad social, a ciencia y paciencia de autoridades y con el solapamiento y la escasa conciencia de centrales obreras oficiales y oficiosas, en todos los cuales por lo visto aletea el mismo espíritu de “animar a los capitalistas extranjeros y principalmente a los de los Estados Unidos a invertir en México”, que tan tempranamente anunciaran tanto los conservadores como los liberales mexicanos, aun antes de que el capitalismo se arraigara en nuestro suelo.

Una expresión de la crisis actual como son las tajantes devaluaciones del peso en 1976 y 1982 han abaratado todavía más la fuer-

za de trabajo mexicana, en lo inmediato aun por debajo de la de Taiwán, Corea del Sur y otros distantes países subdesarrollados, pues rasgos definitorios de estas empresas son que ellas cubren salarios y otros costos (aquellos además comprimidos por la política económica de «austeridad» y muchos de éstos subsidiados por el Estado mexicano) en pesos importan lo que necesitan sin cubrir impuestos y exportan asimismo libre de tributación la totalidad de su producción por la cual reciben dólares: «¡Un negocio redondo!» Negocio que como parte de sus programas contra la crisis y en los pasos del gobierno anterior que anunció este propósito en abril de 1982, el gobierno actual ha decidido ampliar al capital norteamericano y alentar, también, a los empresarios mexicanos con «vocación maquiladora» y que cuentan con capacidad instalada ociosa.<sup>43</sup>

Cabe una reflexión adicional sobre el efecto de las últimas caídas cíclicas de la economía de los EUA y México sobre estas plantas. En 1974-75 cuando la recesión norteamericana era más pronunciada y el peso mexicano estaba fuertemente sobrevalorizado, en el curso de diez meses, 39 maquiladoras cerraron y otras muchas disminuyeron su producción; en conjunto fue despedido un 20% del total de trabajadores,<sup>44</sup> a pesar de que la economía de nuestro país sólo entró propiamente en receso hasta 1976, cuando la devaluación del peso significó un nuevo estímulo para estas plantas. En cambio ahora en que los EUA experimentan una recuperación cíclica y las bruscas devaluaciones entre febrero y noviembre del gobierno de López Portillo y la política cambiaria implantada por el gobierno de De la Madrid han castigado al peso mexicano aún más que el violento ritmo inflacionario interno (para mantener un cierto margen, «ajustable», de «subvaluación» de nuestra moneda como lo manda la «política cambiaria realista» convenida con el FMI), en tanto que la reducción del mercado nacional por el desplome cíclico de 1982-

<sup>43</sup> En las palabras del presidente De la Madrid: “En lo que respecta a la industria maquiladora, se expidió un nuevo decreto que la regula y promueve, cuyos principales objetivos son: fomentar empleos y exportaciones, a través de un esquema administrativo más ágil y desconcentrado, no sólo para las maquiladoras tradicionales, sino también en el aprovechamiento de la capacidad ociosa de las empresas que utilizan materias primas y componentes nacionales”, *Primer informe de Gobierno, 1983. Informe complementario*, Presidencia de la República, México, septiembre de 1983, p. 159.

<sup>44</sup> Peter Baird y Ed. Mc Caughan, *Beyond the border: Mexico an U.S. today*, North American Congress on Latin America, Nueva York, 1979, p. 140.

<sup>41</sup> *Zonas fronterizas, ob. cit.*, p. 133 y otras.

<sup>42</sup> Véase: *Problemas del capitalismo mexicano, ob. cit.*, pp. 44-51 y otras.

83, el más severo que hemos conocido en más de medio siglo, no influye sobre las ventas de las maquiladoras al país vecino.

Al contrario, éstas son más favorecidas que en cualquier momento previo por la recesión mexicana, tanto por la disminución del precio en dólares de la fuerza de trabajo como por la draconiana política del Estado de reducción de salarios reales y el propio mayor desempleo que incrementa la competencia entre los trabajadores —lo cual ocurre al mismo tiempo que se incrementan las deportaciones de compatriotas «indocumentados» del país vecino, muchos de los cuales permanecen en la región fronteriza mismas como ya dijimos— y también contribuye a abaratar, más que nunca, el esfuerzo de los asalariados mexicanos, todo lo cual acontece mientras que el repunte de la economía norteamericana incrementa la demanda de los productos maquilados. Vemos pues que son inevitables las ataduras de estos nuevos segmentos de la industria nacional a los cambios en la división internacional del trabajo y concretamente a los avatares cíclicos y a los programas de «redespliegue» industrial del capital transnacional.

26. Lo peor quizás es que las expresiones anteriores de la dependencia estructural de nuestro país, no se limitan a esas ensambladoras extranjeras. Un gran número de plantas de la industria nacional pequeña y mediana e inclusive algunas de las grandes —en las que no faltan empresas extranjeras—, tras decenios de desarrollo del CME que hicieron de México una de las pocas naciones «semindustrializadas» del «Tercer Mundo» permanecen *desarticuladas* y como ya quedó dicho también importan bienes de capital y los principales insumos, de manera similar a las plantas de maquilación —algunas además son exportadoras—, y quiérase que no constituyen una especie de arraigada y extendida *industria maquiladora sin este nombre*, que abarca un buen número de trabajadores y en una gran parte del país.<sup>45</sup>

<sup>45</sup> Vale repetir lo que escribimos en 1968: “[...] el proceso de acumulación de capitales [en México], en gran medida sujeto a importaciones, dista mucho de jugar el dinámico papel que jugó y juega en las potencias industriales, al mismo tiempo que la tecnología no es autónoma y crece cada vez más la influencia de los monopolios nacionales e internacionales, al igual que la subocupación y la miseria [...]”, a la vez que la distribución de la riqueza y el ingreso “actúa desfavorablemente sobre el crecimiento y características del mercado industrial”. “¿Es México un país industrial?”, publicado en *El Día*, en un suplemento de aniversario y reproducido en F. Carmona, *Dependencia y cambios estructurales*, México, UNAM, 1971, pp. 144 y 145.

Hablamos de segmentos importantes de una industria «mexicana» que cubre su ineficiencia e incluso obtiene jugosas ganancias que en alguna medida asimismo suelen fugarse de México, a costa de la sobreexplotación de los trabajadores y con la protección estatal. Pero en esto también está el interés de los monopolios extranjeros y nacionales de conservar a tales empresas cada vez más *satelizadas* por ellos, que realizan como abastecedores una parte del «trabajo sucio» en el proceso de producción o son compradores de insumos y siempre juegan el papel que consiste en servir de «margen» para el establecimiento de precios altos, papel rodeado de un aura de conveniencia social por la generalizada aceptación —incluso por los propios obreros— de la necesidad de que las fábricas con una baja productividad sean protegidas por el Estado para que puedan operar con «precios de equilibrio» y «conservar las fuentes de empleo». Huelga subrayar que esos precios aumentan, todavía más, los niveles de ganancia de los monopolistas más eficaces y con una más elevada productividad, las transnacionales norteamericanas a la cabeza.

En verdad, tales segmentos de la industria mexicana están mucho más integrados verticalmente con la industria estadounidense, como fruto histórico, valga decir, del «desarrollo del subdesarrollo» de nuestro país, que con el resto de la industria nacional. Durante la crisis actual se han afianzado estas tendencias, estimuladas enormemente por el endeudamiento externo y por la mayor capacidad del país para importar a que dio lugar la cuantiosa exportación petrolera, al mismo tiempo que han despuntado nuevas tendencias expansivas de la profundización de la división internacional del trabajo que confirman a nuestro país el rol subordinado que le ha correspondido desde siempre, por las cuales por ejemplo la industria automotriz de los EUA se desplaza hacia el sur de ese país y traslada al norte de México algunas plantas de sus filiales, en un proceso en que no asumen estrictamente las formas de maquilación, pero que igualmente les permite beneficiarse de los bajos salarios mexicanos en ambos lados de la frontera y, cuando están instaladas en nuestro territorio, de las ventajas adicionales que les otorga el Estado de nuestra nación.

UN NUEVO EMPERADOR: *el imperialismo norteamericano*;  
UN NUEVO VIRREY: *la oligarquía monopolista mexicana*

Falta de considerar muchos otros importantes aspectos de las relaciones económicas contemporáneas entre México y los EUA, aun con

la generalidad y siempre desde la perspectiva histórica global en que hemos procurado situarnos en todo el ya largo análisis anterior, tópicos de indudable importancia: los mecanismos de la dominación tecnológica que, principalmente los monopolios trasnacionales norteamericanos, ejercen sobre la economía agrícola e industrial mexicana privada y estatal y las consecuencias de este hecho; las tendencias derivadas de la revolución científico-técnica en curso y sus implicaciones en la división internacional y los procesos de trabajo en nuestro país, así como en el proceso de cambios en la estructura nacional de clases; los fenómenos de trascendencia monumental que se vinculan con el desarrollo de la crisis capitalista actual —internacional, estadounidense y mexicana— caracterizada por la propia crisis de los mecanismos regulatorios del capitalismo monopolista de Estado, etcétera.

Esta vez el tiempo y mis propias limitaciones, más que el espacio —puesto que no se estableció límite alguno para las ponencias de este seminario— me lo impiden. Sin embargo, las sesiones del Seminario nos permitirán abordar otros fenómenos imbricados en la relación mexicano-norteamericana con una relevancia insoslayable. De mi parte quiero hacer una breve reflexión sobre un hecho que engloba a todos, el cual se hace patente con sólo invocarlo de nuevo: el entrelazamiento creciente, en una tupida maraña estructural y superestructural, de los capitales de los monopolistas de los EUA, hegemónico en el sistema del imperialismo y sobre todo en países como México, con sus congéneres de la oligarquía monopolista interna —a la cual sólo se puede añadirle el gentilicio de «mexicana» así, entre comillas— y también con el propio Estado burgués nacional.

Remarcaremos únicamente lo que está explícito en el título de este último apartado e implícito en la mayor parte de lo hasta aquí expuesto. Narciso Bassols, uno de los intelectuales y hombres de acción más honrados, consecuentes y penetrantes que ha dado México, dejó escrito en el lejano 1941, cuando se daban los primeros pasos para desvirtuar el carácter radical de la nacionalización del petróleo y se abría la puerta al capital privado por la vía del contratismo, lo que sigue: “[...] de capitalista a capitalista, los de nuestro país son tan nocivos como los del extranjero, si se les convierte en dueños del petróleo y amos de su explotación”. Y añadió:

Con un escepticismo semejante tiene que verse la aparente eliminación de capitalistas extranjeros, cuando se está abriendo puerta franca a los capitalistas y tiburones de las finanzas mexicanas.

Estos le abrirán a aquéllos el camino, sirviéndoles de pantalla. Prestarán —vendida o alquilada a precio barato— su nacionalidad mexicana, para disfrazar la penetración de los capitalistas extranjeros. En el mejor de los casos, la ridícula miseria de los capitalistas mexicanos frente a los recursos de que disponen sus amos los capitalistas de los Estados Unidos, les impondrá la necesidad de aceptar de éstos préstamos, refacciones y financiamientos, con garantía de sus empresas mexicanas mediante la entrega del control absoluto de ellas.<sup>46</sup>

El tiempo se terminó. Pero no sería necesario alargarse más si todos reflexionamos en lo anterior. En México sucedió lo que Bassols previno con toda claridad en momentos en que se empezaba a desandar los prometedores caminos que el cardenismo había emprendido, en medio de grandes contradicciones y titubeos y sin avanzar hacia las últimas consecuencias, pero con grandes logros históricos.

La oligarquía monopolista que es la fracción burguesa *dominante* en México (mientras esto no se comprenda no se reiterará lo suficiente) pudo crecer y fortalecerse con el decidido apoyo del Estado capitalista nacional y se apoderó no sólo de gran parte de la plusvalía del petróleo del que es «amo de su explotación», sino de toda la economía nacional, y se volvió más y más la fracción decisiva de la clase *dominada* por el imperialismo norteamericano, con el cual se asocia y entrelaza progresivamente dentro y fuera de nuestro país. Este hecho enmarca las relaciones económicas, políticas y culturales de México con los EUA y determina desde hace décadas el derrotero histórico de nuestra patria. Ni el subdesarrollo, ni la crisis actual que tan brutalmente se cobra al pueblo trabajador mexicano, ni ningún otro hecho fundamental de nuestro proceso histórico puede entenderse sin considerar este hecho. El precio es enorme: «La subordinación colectiva al nuevo conquistador» —que también dijera Bassols—, al que se pagan enormes y cada vez mayores tributos.

De hecho nos referimos al hecho histórico fundamental de la época moderna del planeta entero: el capital monopolista, esencia estructural del imperialismo, última etapa histórica capitalista, se desarrolló en México en la etapa contemporánea hasta niveles sin precedente en nuestros anales. Si el imperialismo desde el comienzo mismo de la etapa capitalista de nuestro país se convirtió en un hecho profundamente interno, en las últimas décadas de desarrollo

<sup>46</sup> *Pasos de cangrejo...*, ob. cit., p. 543.

del capitalismo monopolista de Estado, el imperialismo es —puede decirse— la realidad mexicana de hoy que todo lo envuelve, todo lo abarca, todo lo condiciona e incluso lo determina, en un proceso en el cual el capital monopolista de Estado trasnacional ejerce una dominación avasalladora que, sin embargo, en numerosos aspectos se desenvuelve en nuestra nación al través de la burguesía y en particular de la oligarquía monopolista mexicana y aun con la creciente participación del Estado nacional.

Así, el capitalismo mexicano tiene en la etapa contemporánea un nuevo rey y un nuevo virrey. Todos deberíamos saber quiénes son y esforzarnos por entender mejor cómo funciona y con qué consecuencias su histórico contubernio, para llegar a afrontar con éxito la tarea insoslayable de nuestro tiempo: la definitiva liberación de nuestra patria.